

ATAQUE A WIRANAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

ATAQUE A WIRANAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

675 – El enigma de la isla flotante, *Kelltom McIntire*.

676 – Alternativa: Planeta Tres, *Ralph Barby*.

677 – El experimento del profesor DeLuca, *Kelltom McIntire*.

678 – Nunca vayas a Marte, *Lou Carrigan*.

679 – El templo del Dios Gumma, *Joseph Berna*.

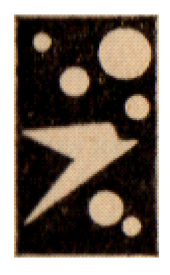
KELLTOM McINTIRE

ATAQUE A WIRANAI

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 680

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 23.130 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España agosto, 1983

2ª edición: en América: febrero, 1984

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Tharrax sentía una febril impaciencia por llegar cuanto antes a Grollenbad, la llamada Tierra de la Desolación.

«Quiero contemplarlo con mis ojos», pensó.

Hallanah, su methegii o ministro de la guerra, le había aconsejado templanza y moderación.

—Eres demasiado viejo, Hallanah —le decía frecuentemente el joven y hercúleo Tharrax—, Y los venerables viejos como tú abundáis tanto en sabiduría como carecéis de osadía.

Ciertamente, el honorable Hallanah pertenecía a una familia de recalcitrantes longevos. El methegii había conocido a seis generaciones de los descendientes de su propia unión con Harw-Ra, la prudente esposa de Hallanah, muerta sólo seis años atrás.

Pero Tharrax, el príncipe, también provenía de longevos. Su padre, el Gran Serengai, había llegado a conocer a mil novecientos cincuenta descendientes, en vida.

Por desgracia, Serengai, rey de Serenbad, había perecido en la colosal batalla de la Tierra de la Desolación, cuando Tharrax había llegado a los linderos de su infancia.

Tharrax había crecido odiando a muerte a los wiranii, los rubios habitantes de Wiranai, las frías tierras situadas en el Hemisferio Norte del planeta.

Muchas personas se habían preocupado por desarrollar en el ánimo de Tharrax el odio y el afán de venganza. Gente importante; Kaddon, Hilaina, Wuustakari... Ministros y príncipes de sangre real, algunos de ellos unidos a Tharrax por la misma sangre.

Pero el methegii Hallanah despreciaba a individuos como Hilaina, Kaddon y Wuustakari.

—Es la peor compañía que podrías desear —aconsejaba a Tharrax, antes de que el joven fuera nombrado kazzan o jefe de los ejércitos de Serenbad, el dilatado reino del Sur.

—Quiero verlo todo con mis ojos —se repetía Tharrax, desde el puesto de mando de la astronave que, al frente de otras colosales máquinas de guerra, sobrevolaba las áridas y desoladas tierras de Grollenbad.

Había visto muchas imágenes de la Gran Batalla, pero aquello eran documentos, no acción viva, pura realidad.

Su padre, Serengai, un nombre que había pasado a la historia de Serenbad con todos los honores, había sucumbido peleando allí, en la inmensa llanura de color gris que desfilaba ante sus ojos asombrados.

«Pobres tierras, míseras tierras», pensó, recordando los extensos vergeles y selvas del sur.

Hallanah decía que la guerra había asolado Grollenbad, a la que en Serenbad se llamaba también Tierra de Nadie.

«Quizá fue la guerra. O quizá siempre fue tan miserable y paupérrima», se dijo Tharrax, con juvenil arrogancia.

Ardía en deseos de conocer todo lo que quedaba por delante. Durante largos años se había sometido a la disciplina del aprendizaje, había obedecido ciegamente a sus profesores —uno de los cuales era Hallanah— y había trabajado de firme, anhelando que llegara este día.

Ahora él era el jefe.

Sentía un pinchazo en su amor propio porque aún no había llegado al puesto más alto: el de Kurbai, o emperador absoluto de Serenbad.

El consejo argüía que era demasiado joven y que sus virtudes no habían sido puestas a pruebas en ningún lance importante.

«Ahora les demostraré que estoy verdaderamente preparado para ser el Kurbai de Serenbad», pensaba Tharrax.

Después de la Gran Batalla de Grollenbad, su pueblo había

ignorado por completo a sus odiados enemigos los wiranii. Tácitamente, se había producido el retraimiento. Para los serengallii (gentes del Sur), sus rubios enemigos del Norte no existían.

En Serenbad y sus grandes acantilados de la costa —donde se agrupaban las seguras ciudades subterráneas— sólo se pensaba entonces en olvidar la guerra, prosperar en la ciencia y la técnica para... quizá volver a la guerra cuando otra generación se hiciera con el poder.

Y ciertamente, Tharrax sabía que había crecido en capacidad, potencia y decisión.

Él, personalmente, estaba convencido de que había que volcarse en la construcción de modernísimas macronaves y abandonar las arcaicas máquinas de guerra terrestres.

—¿Para qué necesitamos barcos o vehículos terrestres lentos, si nuestras macroaeronaves pueden surcar los aires en mucho menos tiempo? En una astronave, podemos transportar trescientas *galfees* (medida equivalente a diez toneladas) de mercancías o piezas de armamento ligero. ¿Para qué, pues, los pesados y lentos artilugios del pasado? —había interpelado, tiempo atrás al consejo.

Las mujeres le habían aplaudido. Tharrax no había olvidado aquella experiencia inolvidable.

Porque Tharrax era joven, hercúleo y apuesto. Pero también —y ésta era su mayor pesadumbre— tremendamente tímido en sus relaciones con las mujeres.

Esto quizá fuera consecuencia de las ancestrales costumbres del pueblo serengallii: un joven no debía tener relaciones con las mujeres cuando su desarrollo sexual fuera completo, sino cuando su prestigio y su posición social lo aconsejaban.

Cuando otros hombres tan maduros como él habían gozado de muchas y satisfactorias experiencias con mujeres, Tharrax aún era un novato.

Era virgen. Y su virginidad le quemaba como un metal al rojo. No la deseaba. Le repelía tal estado, pues Tharrax lo relacionaba instintivamente con la inexperiencia, la incapacidad y la inmadurez.

No lo había confesado a nadie —ni siquiera a Hallanah, en quien confiaba—, pero aguardaba con impaciencia el momento de llegar a

Wiranai para conocer a las rubias mujeres del Norte.

Le habían contado que las wiranii eran unas mujeres fascinadoras, diosas de largos cabellos dorados, de piel lechosa, grandes y hermosos senos, altas y espeltas.

Incluso en lo más íntimo de su ser, Tharrax había soñado poseer a todas las hermosas wiranii que encontrase a su paso, cuando las macronaves de Serenbad asolasen el imperio del Norte.

El vencedor tiene derecho a todos los honores y privilegios: ésa era la principal regla de la guerra. Así pues, no le repugnaría tomar por la fuerza a cuantas mujeres le apeteciese.

La expedición que comandaba Tharrax no había sido organizada como una operación bélica, sino como un vuelo de reconocimiento.

Habían pasado largos años desde la Gran Guerra. Serenbad se sentía fuerte, inexpugnable, superior en técnica y fuerza a los wiranii. Había llegado, pues, el momento de plantar batalla a los ancestrales enemigos, había sonado la hora de la venganza.

Esto era lo que deseaba el joven kazzan en lo más profundo de su corazón. Pero el consejo de ancianos no deseaba la guerra. Si habían dado su aprobación a la operación de reconocimiento, era, solamente, con el fin de estar prevenidos, conocer las posibilidades del enemigo y prepararse para un probable ataque.

Mas Tharrax era impetuoso. Y adoraba el recuerdo de su padre, el gran Serengai, Kurbai de todos los serengallii.

Serengai, el magnífico, el noble, el guerrero por excelencia, el inteligente gobernante, el justo y el piadoso. Pero, sobre todo, el invencible.

De Serengai se contaban hechos que más parecían relatos épicos creados por la fantasía.

Tharrax quería ser como su padre, al menos. Y estaba dispuesto a todo por conseguirlo.

Incluso desoiría los prudentes consejos de Hallanah, su methegii, si llegaba el caso.

Los ancianos deberían ceder sus sitios a los más jóvenes, audaces y ambiciosos.

«He aprendido todo lo que me fue enseñado. Domino el saber. Ya no puedo aprender más de los ancianos», pensaba Tharrax.

Quería convertirse en el Kurbai de la Guerra, en un ser omnipotente, admirado, glorificado, elevado al más alto nivel que un ser humano pueda alcanzar.

«Algún día —cavilaba—, todos hablarán de mí en el mismo tono encomiástico y épico con que cantaron las virtudes de Serengai, mi padre.»

Una mano se posó sobre sus largos cabellos plateados.

Tharrax, concentrado en sus pensamientos, se sobresaltó al contacto.

Se volvió y descubrió a la bella Zanai a su espalda.

Zanai era la última hija de Hallanah y Tharrax estaba prendado de ella. Pero el amor que sentía por la hermosa y dulce muchacha de los ojos violeta y los cabellos intensamente negros era un sentimiento platónico.

Siguiendo la tradición serengallii, las últimas hijas de un matrimonio jamás podían unirse a un ser mortal, pues, a modo de vestales, eran destinadas al culto de los dioses. Esta regla sólo podía quebrantarse en el caso de que la joven quedase huérfana antes de ser entregada al servicio divino.

Pero Tharrax sabía que Hallanah, a pesar de su larga edad, aún viviría mucho tiempo. Dentro de unos meses, quizá de un año, Zanai haría sus solemnes votos y se retiraría al templo de Hakris, situado en lo alto de un inaccesible acantilado.

Tharrax se había resignado, aunque durante muchas noches había soñado tener a Zanai entre sus brazos. Durante aquellos ensueños, Tharrax se sentía transportado al paraíso. Pero al despertar se sentía impotente y frustrado.

—¿Todo va bien, kazzan? —exclamó Zanai.

Tharrax sonrió.

—Demasiado lento, para mi gusto. Ardo en deseos de descender a tierra y recorrer estos desolados lugares donde se batió mi padre. Pero ya quedan pocos minutos. En seguida estaremos en el Valle de la

Muerte y nuestra flota tomará tierra —respondió.

—Ten calma, kazzan —advirtió ella, acariciándole los bruñidos cabellos de plata—. Quedan muchos días de viaje, a lo largo de los cuales iremos descubriendo tantas cosas desconocidas. ..

Tharrax sonrió de nuevo, pero esta vez con sarcasmo.

«Ten calma.» ¿Cómo se puede pedir calma cuando la curiosidad y la avidez nos corroen el corazón?

—Yo también esperaba este viaje con impaciencia —confesó-. Tengo una enorme curiosidad por conocer a las gentes del Norte.

—Yo no siento tanta curiosidad como odio —respondió el kazzan, poniendo fuego en sus palabras.

—Cuidado, Tharrax: el odio nubla la razón.

Este comentario de Zanai irritó íntimamente al kazzan.

Zanai era una joven bellísima, delicada, mil veces femenina, pero su carácter era muy similar al de Hallanah: cauta, prudente, reservada. ¿Por qué la gente no podía dar rienda suelta a sus instintos, siquiera fuera alguna vez?

—Ve a tu puesto, Zanai —dijo, disimulando su irritación—. Estamos llegando.

La joven se separó de él.

En la gran pantalla del analizador de imágenes aparecían los altos picachos de una cordillera. Al otro lado se encontraba Barain-Xest, el siniestro Valle de la Muerte, donde habían muerto miles y miles de esforzados guerreros serengallii.

También habían muerto muchos miles de guerreros wiranii, pero Tharrax no quería pensar en esto. En el fondo, pretendía exacerbar y acrecentar en su alma el odio que ya sentía hacia sus enemigos.

Hallanah se aproximó a Tharrax, que se mantenía erguido en su puesto, formidable de estatura, músculos y apostura.

Vestía el kazzan botas de fina piel roja que le llegaban por encima de las rodillas, un corto pantalón-faldellín a la cintura y la tradicional malla de xikrón azul, que ponía en evidencia sus poderosos músculos pectorales. Sobre los hombros, las delgadas barras metálicas de metal

negro, distintivo de su rango.

—Nos acercamos a Barain-Xest, kazzan —dijo el methegii.

Tharrax miró de reojo a su ministro de la guerra.

Dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Sí, al fin estamos en Barain-Xest.

Dio la orden a los quinientos expedicionarios que tripulaban y servían la flota de ocho macronaves.

—Descendemos sobre el Valle de la Muerte.

Treinta años atrás, Serengai había llegado a Barain-Xest con un ejército de veintiocho mil hombres.

Hoy, el kazzan Tharrax no necesitaba tantos guerreros. Las máquinas, mortales y eficientes, suplían ventajosamente a miles de soldados.

La colosal nave capitana descendió majestuosamente de las alturas, rozando casi los altos riscos de la cordillera.

En el planeo espectacular, la nave se cernió sobre el valle y tomó tierra en un arenal dilatado. Una tras otra, las siete macronaves restantes descendieron sobre el desierto rojo.

CAPITULO II

El confín del desierto se perdía en la lejanía.

No existía el menor vestigio de vida. Sobre Barain-Xest ni siquiera volaban las grandes aves carroñeras que Tharrax había visto planear sobre las llanuras áridas de Grollenbad.

Hallanah acababa de ordenar que descendieran de las bodegas de la astronave capitana uno de los vehículos ligeros a suspensión magnética.

Tharrax, entretanto, oteaba el interminable desierto a través de sus pequeños prismáticos electrónicos. A unos pasos de distancia se encontraban el general Kaddon y los oficiales Zurka, Yass y Arkidon.

Allá a lo lejos, las arenas aparecían salpicadas de montones de chatarra retorcida.

Eran los vestigios del pasado. De un pasado sangriento y sombrío, pero también glorioso y pleno de emociones guerreras.

Tharrax se volvió al oír el zumbido del *krall*, el pequeño vehículo operativo que acababan de bajar de la macronave.

—Subamos —propuso a Hallanah, Kaddon y los oficiales.

Alzó, orgulloso, el mentón, cuando Kaddon y los oficiales le cedieron el paso. Un momento después, el krall se deslizaba raudo sobre las arenas.

Tharrax sentía una indefinible emoción. Por primera vez emprendía una acción como kazzan de los ejércitos de Serenbad. Kaddon, aquel gigante de anchísimos hombros y prominente vientre, le obedecía como el más sumiso de sus subordinados.

El general Kaddon no era un personaje cualquiera. Había combatido codo con codo junto al insigne Kurbai Serengai, había librado encarnizadas batallas contra los wiranii, en la mayoría de las cuales resultó vencedor y poseía fama de hombre duro, intransigente y entero.

Kaddon, gravemente herido, aún había tenido coraje para recoger el cadáver del rey Serengai y huir con él, en medio del fragor de la batalla.

A él, pues, le había tocado el honor de prender fuego a la pira funeraria en .la que los restos de Serengai se convirtieron en el espíritu impalpable que se elevaba hacia el paraíso de Hakris, el Oculto.

Kaddon era un guerrero por antonomasia. Durante los años de forzada paz, el general habíase retirado al cenobio de Hakris, incapaz de resignarse a la quietud y la inactividad de la vida normal.

El krall volaba materialmente sobre las rojas arenas del desierto, dejando en pos de sí una estela de polvo impalpable.

A medida que se acercaban al campo de batalla, Tharrax se iba excitando más y más. A través del potentísimo aparato óptico que tenía en las manos, los ojos de Tharrax contemplaban con avidez las secuelas de la catástrofe.

Enormes masas de metales fundidos aparecían aquí y allá.

Colosales máquinas de guerra se habían fundido como la cera ante la acción fulminante de los cañones termodestructores.

Los montones de metal, que adoptaban grotescas y caprichosas formas, parecían monumentos funerarios, erigidos en loor de los guerreros.

«Ahora no tenemos ya cañones termodestructores —pensó Tharrax, absorto—. Tenemos armas más limpias y eficaces: los desintegradores.»

Los desintegradores podían destruirlo todo en pocos segundos, convirtiendo en polvo y gases formidables voluminosas máquinas.

La técnica de Serenbad había avanzado tanto en los últimos treinta años que no sólo había conseguido aquella arma mortífera, sino que además los científicos serengallii habían logrado la antiarma perfecta: el integrador, la sofisticada máquina capaz de invertir la destrucción.

Por desgracia, si la destrucción resultaba instantánea con las armas desintegradoras, devolver de la nada a lo concreto las cosas demolidas era mucho más lento y complicado.

Y sobre todo, una realidad inquietante, el integrador era incapaz de recuperar lo más trascendente: la vida humana.

Para Tharrax sería muy fácil arrasar a centenares de miles de wiranii, pero jamás podría devolver la vida a los desgraciados que hubieran perecido en el holocausto.

—La desintegración, en cuanto a la vida humana, es absolutamente irreversible —le había prevenido Hallanah—, Tan irreversible como la misma muerte.

Pero el kazzan no quería pensar en eso. Por otra parte, ¿qué se puede sentir cuando se mata a distancia, cuando basta apretar un botón para eliminar a centenares o miles de enemigos en unos pocos segundos?

«Si ellos poseyeran el desintegrador, lo utilizarían contra nosotros sin dudar...», pensaba Tharrax.

El krall avanzaba entre los montones de retorcida chatarra.

A una perentoria señal del kazzan, el oficial que conducía el krall aminoró la marcha del vehículo.

Se encontraban ahora en el centro del campo de batalla y el krall se deslizaba lentamente a través de las montañas formadas por el metal retorcido y negruzco de las grandes máquinas de guerra.

En el interior de una de estas, veíanse a contraluz escenas alucinantes: la silueta de un artillero, inclinado sobre los mandos de su cañón, fulgía siniestramente a la luz de la mañana. El metal fruncido por los cañones termodestructores había caído sobre su cabeza y sus hombros convirtiendo su cadáver en una escalofriante estatua metálica.

Otras siluetas humanas aparecían completamente carbonizadas, borrados sus rasgos faciales.

Más adelante, en el interior de un blindado tan .alto como una fortaleza, descubrieron el cadáver de un joven oficial wiranii. El cobre fundido había caído sobre su cuerpo moribundo en el momento en que el joven soldado trataba de proteger con sus brazos a un compañero, cuyo cadáver, cubierto igualmente por un baño de metal, se veía crispado en doloroso escorzo.

Tharrax contemplaba todo esto con el mentón erguido, las mandíbulas apretadas y la mirada fría y adusta. Si aquellas fúnebres imágenes le habían impresionado, no lo demostró con ningún gesto.

Durante largo rato, el krall se deslizó despacio por el campo de batalla, deteniéndose a veces cuando el kazzan alzaba su mano izquierda en un gesto enérgico, continuando después su marcha a través de los ruinosos vestigios de la matanza.

A bordo del krall, nadie hizo ningún comentario.

Tharrax permanecía ensimismado. Contemplaba con avidez aquellas imágenes, que tantas veces había visto anteriormente en los documentos filmados que se conservaban en la filmoteca de Hakribood, la capital de Serenbad, situada en los majestuosos acantilados.

«No es lo mismo estudiar la guerra en fríos documentos, que comparar sus efectos en la realidad», pensó, turbado.

Por primera vez descubría los horrores de la guerra. No sólo era la aventura, la emoción, el ardor y la gloria. También la muerte, la desolación y el silencio eran consecuencias funestas de la guerra.

Pero Tharrax no estaba dispuesto a que ningún sentimiento negativo turbara su ardor guerrero.

—¡Ya he visto bastante! —clamó arrogante—. Exploremos ahora el valle en toda su extensión.

El krall dejó atrás las siniestras montañas de retorcidas chatarras y se dirigió, raudo, hacia el Norte.

Pocos minutos después, Tharrax descubría, a través de sus prismáticos, unas extrañas criaturas peludas que luchaban y se agitaban en lo alto de unos riscos.

Asombrado, ordenó al conductor del vehículo que aminorara la marcha.

—¿Qué extraños seres son ésos? —exclamó, volviéndose impetuosamente hacia su methegii.

A pesar de su senectud, Hallanah conservaba una vista agudísima. Sin necesidad de utilizar los pequeños prismáticos de Tharrax, sus ojos habían descubierto a las exóticas criaturas que se agitaban violentamente en lo alto de los riscos situados a cierta distancia.

—No lo sé —respondió el anciano—. Observad sus extrañas melenas: son de un color rojizo desvaído. No conozco a ningún ser humano que posea esos cabellos.

Los hombres y mujeres de Serenbad poseían un curioso rasgo diferencial: mientras los varones tenían los cabellos de un atractivo tono blanco acerado, las hembras ostentaban, al nacer, cabelleras pardas, que iban volviéndose de un negro intenso al alcanzar la madurez.

Esta diferencia permitía establecer el sexo de los serengallii a la primera ojeada: si los cabellos de un individuo eran, plateados, se trataba de un varón. Si negros, de una hembra.

El krall se detuvo en la ladera de la colina rocosa. Los

expedicionarios contemplaron, estupefactos, la singular escena que tenía lugar en las alturas.

Ocho de aquellos desconocidos seres de aspecto antropoide luchaban salvajemente entre sí, saltaban, retrocedían, se acometían con hachas de sílex… todo ello, en medio de sordos gruñidos animalescos, chillidos espeluznantes y alaridos de dolor, cuando eran heridos.

Al cabo de unos minutos, Tharrax se removió, inquieto. ¿Qué partido tomar, qué actitud tomar ante la lucha que mantenían aquellos seres primitivos? ¿Eran hombres, criaturas humanas o… animales feroces?

El general Kaddon resolvió la cuestión:

—No son de los nuestros, luego son enemigos. Debemos aniquilarlos. Parecen peligrosos —dijo, brillantes los ojos y apretados los puños.

Hallanah se opuso inmediatamente.

—¿Por qué habríamos de eliminarlos, sin mediar la menor provocación? Hombres o bestias, esos seres no nos han atacado. Personalmente, creo que son seres humanos que han regresado a la Prehistoria. ¡ Observadlos bien! Caminan erguidos y se mueven con soltura en posición vertical. Parecerían hombres como nosotros, de no ser por esas largas cabelleras rojizas y sus cuerpos cubiertos de espeso vello —comentó, prudente.

—Dices que han regresado a la Prehistoria —dijo Tharrax, estupefacto—. ¿Qué significan esas palabras?

Hallanah miró a su kazzan con infinita paciencia y mansedumbre.

—Ocurre a veces, Tharrax —respondió—. Tras sufrir una gran conmoción moral, como la guerra, por ejemplo, la mente humana sufre tan violento repulsivo que el hombre se ampara en la ignorancia y la sencillez. Entonces, es muy posible que los humanos vuelvan a los primeros estadios de su evolución, a los tiempos prehistóricos. Olvidan misteriosamente su sabiduría, sus conocimientos y su técnica, y se refugian en la vida sencilla y primitiva. Es un movimiento instintivo de defensa: sólo tratan de olvidar los horrores vividos con anterioridad.

Las palabras del sabio Hallanah calaron profundamente a en la

sensibilidad del joven kazzan. Tan profundamente que ni siquiera prestó atención a las excitadas frases del general Kaddon, que le incitaba a ordenar la destrucción de los primitivos seres de los riscos.

Absorto, Tharrax miró de nuevo a través de su pequeño aparato óptico.

Observó que los trogloditas vestían una especie de largos taparrabos de piel sin curtir. Eran criaturas musculosas como cíclopes, salvajes y elementales. Uno de ellos yacía en tierra, malherido al parecer. Y los demás seguían acometiéndose ciegamente, las rudimentarias armas firmemente empuñadas en sus manos peludas.

De pronto, descubrió a otro de aquellos seres, escondido detrás de unas rocas erizadas.

También sus cabellos eran rojos, pero más oscuros. Era el único individuo que no tomaba parte en la violenta reyerta.

«¿Por qué?», se preguntó el kazzan.

Lo comprendió unos segundos después: el individuo que permanecía a la expectativa era… una hembra.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Tharrax, en voz alta—, ¡Pelean por ella, por la hembra!

Era una mujer, aunque primitiva. Sus grandes senos se henchían al compás de la agitada respiración.

Contemplando la escena, Tharrax se sintió ansioso y enardecido.

—Es una de las razones más primitivas de la guerra —reflexionó—. Los hombres no dudan en enfrentarse, en aniquilarse, con tal de conseguir a la única hembra. Es el instinto de la reproducción. Por eso lucharán hasta verter la última gota de su sangre, si fuera preciso.

Se volvió y miró a su methegii, a sus generales y oficiales. Todos permanecían absortos en la contemplación de la salvaje escena. A no dudar, ellos experimentaban las mismas emociones que el príncipe Tharrax.

—¿Qué esperamos? —clamó el general Kaddon, impaciente—, ¡Aprovechemos su distracción y ataquémosles! No conocemos a esas criaturas, luego son nuestros enemigos.

¡ Aniquilémosles!

Pero Tharrax le dirigió una sonrisa apaciguadora.

—Calma, general. No tenemos prisa. Por otra parte, me siento muy interesado en observar la conducta de esos trogloditas. Esperemos.

Kaddon barbotó algo entre dientes.

De lo alto de la colina llegaban gruñidos, jadeos y chillidos, mezclados con extraños sonidos articulados.

—¿Habéis oído? —susurró el methegii Hallanah, fascinado—. ¡He oído algunas palabras pronunciadas en nuestro propio lenguaje!

El oficial Zurka asintió.

—Cierto. Pero también he escuchado algunos vocablos del idioma de nuestros odiados enemigos los wiranii —respondió.

Hallanah se acarició sus largos cabellos plateados.

—Y eso me lleva a sospechar... ¡sí!, que los hombres y las mujeres que estamos contemplando son el resultado de la fusión de ambas razas. ¡Mirad sus cabellos hirsutos! Son del color del cobre, como si se hubiera fundido oro y xikrón —exclamó, entusiasmado.

Tharrax apoyó una mano en los escuálidos hombros del anciano.

—Explícame eso. Tú tienes una idea concreta, Hallanah. Exponía —pidió.

—Es sólo una hipótesis —replicó el methegii, prudente—. Hay que imaginar que, después de la Gran Batalla librada en Barain-Xest, quedaron algunos supervivientes de ambos bandos. Abandonados por los suyos, expuestos al hambre y a los elementos, teniendo que afrontar los peligros de estas soledades, tal vez decidieron unirse...

El general Kaddon intervino con fiereza y arrogancia.

—¿Supones, anciano Hallanah, que nuestros hombres y mujeres iban a descender a unirse sexualmente con nuestros odiados enemigos los wiranii? —bramó.

—¿Por qué no? —contestó Hallanah—, Cuando la necesidad aprieta, todo es posible. Los supervivientes, en lugar de seguir luchando hasta la extinción total, decidieron unirse para luchar contra

las fieras que vagan por estos áridos desiertos. Eso explicaría razonablemente el color de sus cabellos y su extraño lenguaje, híbrido de serengallii y wiranii.

—¡Es una locura, imaginar tal posibilidad! —protestó el oficial Arkinon, un hombre muy alto, delgado y de facciones demacradas.

Tharrax alzó ambas manos en un ademán lleno de majestad y de autoridad.

—¡Oídme! —exclamó—. Creo que la opinión de Hallanah está llena de cordura. Sin embargo, quiero comprobar materialmente su teoría. Propongo, pues, que demos caza a algunos de esos híbridos. Un hombre y una mujer, por ejemplo.

Esta proposición fue acogida con excitados comentarios de adhesión. Sólo Hallanah se mostró severo.

—¿Darles caza? —dijo—, ¿Acaso los consideráis fieras peligrosas?

CAPITULO III

El krall se puso en marcha.

—Dadme uno de esos fusiles paralizadores —pidió el kazzan.

Cuando tuvo el arma en su mano, aguardó a que el vehículo ascendiera por la parte más accesible de la ladera.

Los hombres rojos, enzarzados en la encarnizada pelea, no advirtieron la llegada del krall, que se detuvo, balanceándose sobre sus cojines neumáticos, en lo alto de la colina.

Fueron las violentas tolvaneras de polvo que alzaba en el aire el potente propulsor lo que atrajo la atención de los trogloditas.

Cuando vieron aparecer el krall, debieron tomarlo por un animal fabuloso, pues quedaron petrificados de espanto.

Luego, el instinto de conservación pudo más que el pánico: los salvajes reaccionaron y huyeron a la desbandada.

No todos: uno de ellos, de imponente estatura y musculosos miembros, se irguió como un cíclope desafiante, retiró su brazo armado y lanzó contra el krall su larga lanza con punta de pedernal.

El arma chocó contra las planchas del vehículo y rebotó con fuerza, inofensiva.

A sangre fría, Tharrax apuntó su fusil. En la mira se dibujó la silueta soberbia de aquel salvaje. El kazzan apretó un pequeño botón con su pulgar y brotó el rayo zigzagueante y azulado.

E1 hombre rojo alzó los brazos y cayó al suelo sin exhalar ningún sonido.

Sus congéneres corrían ágilmente de risco en risco, hacia las cavernas situadas en un tajo rocoso cortado a pico.

Detrás de ellos saltaba la mujer. Más lenta que los varones, la hembra se había retrasado y Tharrax pudo apuntar sin prisas.

Disparó y la mujer cayó, rebotando sobre los cortantes peñascos de la aguda pendiente.

Para entonces, los hombres rojos habían escalado un sendero erizado de verticales lajas de piedra y alcanzando la alta cornisa donde se abrían las bocas de profundas cuevas.

Belicosos, aunque aterrorizados, los trogloditas comenzaron a arrojar grandes pedruscos contra los invasores.

Lamentablemente, sus proyectiles chocaban contra la abrupta ladera y se deshacían en fragmentos, muy lejos de alcanzar a los hombres que ocupaban el krall.

Tras largo rato de batallar de aquella inútil forma, los hombres de rojos cabellos se refugiaron en sus cavernas.

—Traed a esos dos especímenes —ordenó Tharrax.

Cuatro oficiales de Kaddon descendieron del krall y cumplieron la orden.

El guerrero abatido era un hombre tan corpulento que los cuatro enviados por Tharrax apenas podían arrastrar su cuerpo, por lo que fue preciso que otros dos oficiales fueran a ayudarles.

Al fin, la pareja de trogloditas fue izada a bordo del krall.

El general Kaddon contemplaba despectivamente a aquellos dos seres elementales, semidesnudos y peludos.

—Atadlos —ordenó a sus oficiales—. Ya hemos visto que son irracionales como fieras. Podrían resultar peligrosos.

Tharrax dio la orden de volver a las naves.

Se sentía satisfecho. La exploración había terminado de forma emocionante.

Pero su ansiedad le forzaba a recomendar el viaje.

De acuerdo con su methegii y asesorado, en parte, por los generales Kaddon, Wuustakari y Hilaina, había organizado el plan de su raid.

Hallanah no se había mostrado, al principio, partidario de la exploración de Barain-Xest

—Contemplar aquellas ruinas soto puede generar sentimientos violentos —había expuesto a su kazzan.

Pero Tharrax había insistido en ver con sus propios ojos , el escenario de la Gran Batalla y el methegii había accedido, aunque de evidente mala gana.

«No es prudente —decidió para sí—. Pero... ¡allá él! Quizá contemplar los nefastos resultados de la guerra le sirva de ejemplo moralizante.»

Por desgracia, el kazzan Tharrax no parecía tan impresionado como hubiera sido de desear.

El siguiente paso consistiría en sobrevolar las altísimas cordilleras de Birra-Karu y descender en la larga franja que bordeaba el dilatado mar Ecuatorial.

Al otro lado, se extendían ya las tierras de Wiranai, al Norte, donde vivían sus ancestrales enemigos los wiranii.

Después de reconocer y explorar la costa, el ejército de Tharrax sobrevolaría el mar Ecuatorial y volaría directamente sobre Wiranai, la odiada tierra de los bosques espesos y de las nieves perpetuas.

Tharrax no podía escrutar el futuro, pero su corazón estaba dominado por el inextinguible ardor bélico de los guerreros.

Naturalmente, acariciaba la idea de vencer a los wiranii, sojuzgarles y esclavizarles y erigirse en Kurbai supremo y universal.

Se sucederían emocionantes peripecias y peligros. Tal vez, incluso peligrase su vida, a pesar de que se sentía seguro de sí mismo y protegido por la sabiduría y acometividad de su Estado Mayor y la eficiencia y poderío de sus sofisticadas

armas.

«¡La muerte! —pensó, exaltado—. ¿Qué importa morir si se ha alcanzado la victoria y la gloria?»

En la macronave capitana, aguardaba, expectante y ansiosa, la bellísima Zanai.

Cuando el krall ascendió por la suave rampa, Zanai estaba aguardando a los expedicionarios en la amplia bodega-hangar.

—¡Tharrax, padre, al fin...! —exclamó, jubilosa.

Había un brillo húmedo en sus preciosos ojos color violeta.

«La amaría ahora mismo, intensamente... si ello fuera posible», pensó Tharrax, ferviente. Pero el malhumor y la irritación se desencadenaron en su corazón.

Hallanah, los generales y oficiales y el propio Kazzan, se retiraron a almorzar, mientras los científicos se ocupaban de conducir los cuerpos inanimados de la pareja de trogloditas al laboratorio de a bordo.

Ante la larga mesa rebosante de manjares exquisitos, el general Kaddon alzó orgullosamente su copa y propuso un brindis.

Tharrax, distraído en sus pensamientos, preguntó:

—¿Un brindis? ¿Por qué?

—¡Por la victoria! —respondió el brutal Kaddon—. No hay rastro del enemigo. Esa es una excelente señal, un buen augurio.

Tharrax alzó su copa mecánicamente. No acababa de comprender a su general. ¿No consideraba Kaddon enemigos a los hombres rojos?

Los generales y oficiales brindaban ruidosamente. El único que no bebía era Hallanah, sentado entre el kazzan y Zanai, a la cual, protocolariamente, le correspondía asistir a todos los banquetes, como

miembro del cuerpo de asesores del príncipe Tharrax.

«Ojalá ocupase ese mismo lugar con el rango de esposa del Kurbai Tharrax», pensaba el joven príncipe.

Se la comía con los .ojos. No sólo amaba a Zanai desde largos años atrás —desde la adolescencia—, también la deseaba fogosa y obsesivamente.

Se preguntó cuáles serían los sentimientos más íntimos de la hermosa joven de los ojos violeta.

¿Ella también le amaba o... sólo le admiraba? En cuanto a la admiración que Zanai sentía hacia el kazzan, tal sentimiento era evidente.

«Pero ¿me ama? ¿Es ya consciente de que el futuro sólo deberá dedicarse en cuerpo y alma al culto de Hakris?»

Al contrario que el resto de los serengallii, el príncipe no era un hombre particularmente religioso.

Cierto que había asimilado en su corazón las nociones de la Creación y de la existencia del dios superior, el poderoso y magnánimo Hakris, a quien todos llamaban el Oculto, puesto que jamás se había mostrado a los mortales.

Para Tharrax, la existencia de Hakris se daba por sobreentendida, pero él no le tenía al dios una particular devoción.

«El Oculto no tiene por qué estar pendiente continuamente de todos nosotros. La vida se resuelve por sí misma y Hakris sólo interviene en los momentos trascendentes. Dejemos a la divinidad tranquila», era su postura.

Abrigada, en lo más profundo de su corazón, un sentimiento de frustración. Las leyes de Serenbad eran demasiado duras e inflexibles.

«¿Por qué ha de ser precisamente ella, Zanai, quien inmole su juventud en aras de Hakris? —se planteaba, rabioso—. Hay miles y miles de bellas jovencitas que estarían orgullosas de dedicar sus vidas al Oculto. Sin embargo, la ley dice que es Zanai, la mujer que amo apasionadamente, la que debe ofrendar su vida al culto de la divinidad. ¡No es justo!»

No prestó mucha atención a los manjares, ni tampoco a los

excitados comentarios y a los frecuentes brindis de Kaddon y su grupo de generales y oficiales.

Tampoco Hallanah gozaba plenamente de la comida.

A los postres, el methegii propuso al príncipe Tharrax:

—Abandonemos la mesa y vayamos a ver a los trogloditas.

Kaddon y los suyos no se apercibieron que el kazzan abandonaba la sala del banquete.

Fuera, Zanai se les unió en seguida.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó.

—¡Por qué no...! —respondió Tharrax—. Tal vez puedas servirnos de ayuda. Tú eres una especialista en lenguas raras.

Caminaron a buen paso hacia el laboratorio. El genyab (médico) Dallasii les estaba aguardando.

—Les hemos reanimado, kazzan —anunció. Y les guió—: Por aquí.

Se detuvo ante la puerta de una celda de seguridad.

—Tuvimos que encerrarles aquí —explicó el genyab—. El varón se mostró muy violento en cuanto comenzó a recobrar los sentidos. Gruñendo como un animal, se lanzó sobre nosotros. Nos vimos forzados a reducirlo con una carga paralizante de segundo grado. Creo que ya ha vuelto en sí. Por el contrario, la hembra parece inofensiva.

Les invitó a mirar a través de una mirilla electrónica que permitía observar todo el interior de la celda.

Tharrax fue el primero en observar a los dos especímenes.

Ambos permanecían en un rincón de la celda acolchada, agachados y temblorosos. La hembra se cobijaba en los peludos brazos del varón, el cual tenía el brillo peligroso en sus ojos azules y brillantes.

—Mira eso —dijo Tharrax a Zanai. Y ella miró.

Al cabo de un instante se separó de la puerta y dijo:

—¡Pobres! Se dirían que están muy asustados, aunque el hombre

parece decidido a defender a la hembra desesperadamente.

—¿Por qué no les hablas? —propuso el genyab Dallasii a la joven —. Tal vez logres tranquilizarlos.

—¿Puedo hacerlo? —consultó Zanai al kazzan.

—Por supuesto. Inténtalo, Zanai —la animó el príncipe.

La futura vestal se aproximó al micrófono empotrado en el marco de la puerta y susurró:

—Os habla Zanai, una mujer. No queremos haceros daño. Si estáis de acuerdo en conversar conmigo, dadme una respuesta afirmativa y abriré la puerta.

La respuesta tardó en producirse. Allá dentro, se oyó una voz salvaje.

—¿Qué ha dicho, hija? —musitó Hallanah.

—El hombre se llama Goork y la mujer Kriima. Goork desconfía. Ha preguntado que dónde está nuestro monstruo.

—¿Monstruo? —se arquearon las finas cejas de Tharrax.

—Se refiere, sin duda, a nuestro vehículo. Está claro que para ellos el krall tenía todas las trazas de un animal fabuloso.

—Explícale que no se trataba de un monstruo, sino de un vehículo —insinuó Tharrax a la joven.

—Lo intentaré, pero me temo que no sabrán comprenderlo. Es una pareja muy joven. Ellos, probablemente, no han visto jamás vehículos como los nuestros, ni mucho menos nuestras grandes macronaves. Lo más seguro es que todo esto carezca de significado para ellos.

—Inténtalo, de todas formas —insistió el kazzan.

Zanai volvió a hablar. Se expresaba en una jerga en la que se mezclaban, inteligentemente, expresiones serengallii y wiranii.

Luego calló y aguardó, ávidamente, la respuesta. La voz del hombre rojo resonó, excitada, en los altavoces exteriores.

Zanai escuchó atentamente y tradujo:

—Ignoran lo que significan palabras tales como vehículo, nave, etc,.. Kriima dice que, si deseamos mostrar nuestra buena voluntad, debemos devolverles la libertad, Goork, por su parte, se muestra violento y nos llama *koreleich.* Es decir: hijos de los monstruos.

Tharrax se impacientó.

—¡He sido demasiado indulgente! Debí permitir que el general Kaddon y sus oficiales exterminasen al grupo de salvajes rojos. ¡Llamarme hijo de un monstruo! —exclamó, irritado, el kazzan.

—Ten paciencia, príncipe —suplicó la joven—. Te ruego me permitas que siga hablándoles.

—¡Haz lo que quieras! Por mi parte, no pienso perder mi tiempo con ese par de salvajes criaturas —respondió Tharrax, airado.

Y se alejó.

Un rato más tarde, Hallanah le visitó en su principesca cámara.

—Tengo que comunicarte, kazzan, que mi teoría se ha demostrado una indiferencia que de ninguna forma sentía.

—A mi creencia de que los hombres rojos no eran sino el resultado de la unión de supervivientes serengallii y wiranii. Goork ha terminado por confesar a mi hija que su padre, un hombre de cabellos plateados llamado Hurani, le relató muchas veces las incidencias de la gran batalla de Barain-Xest, en la que más de cien mil seres humanos perdieron la vida.

El kazzan se alzó vivamente de las verdes sábanas de seda.

—¿Hurani, un hombre de cabellos plateados? —inquirió, ansioso —. ¿Quiere eso decir que Hurani era un serengallii, uno de los nuestros!

—¡Indudablemente! —exclamó Hallanah, desacostumbradamente excitado—. Hurani vive aún. En cuanto a su madre, Goork asegura que sus cabellos eran brillantes y del color del metal amarillo que se encuentra entre el cuarzo, es decir, el oro. Lo que viene a revelarnos que la madre de Goork era una wiranii, una mujer del Norte.

—Interesante, ¡muy interesante! —exclamó Tharrax, entusiasmado.

Paseó muy nervioso de un extremo a otro de su amplia cámara y se

detuvo ante el anciano.

—Acabo de decidir que no proseguiremos hoy nuestro viaje hacia el Norte —anunció.

—¿Por qué, señor?

—Pienso dirigirme a los acantilados de Barain-Xest esta misma tarde. Hallaré a Hurani y conversaré con él. ¡Quiero conocer más cosas acerca de esta extraña raza de hombres y mujeres rojos!

Hallanah, sonriente, respaldó su decisión.

—En cuanto a Goork y Kriima, príncipe...

—Ya veré. Probablemente, los devolveré con los suyos.

—Esa es otra sabia y magnánima decisión, señor —alabó el methegii—. Esos pobres parecen muertos de hambre. ¿Puedo dar orden de que sean alimentados?

—Sí. Ve. Al atardecer, volveremos a los acantilados. En esta ocasión, no deseo que me acompañen Kaddon y sus generales y oficiales. Iremos tú, Zanai y yo. Tu hija ha demostrado suficientemente sus dotes como intérprete.

—Se lo haré saber, Kazzan. Ahora me retiro, con tu permiso.

Tharrax le despidió con un ademán.

Luego se dejó caer sobre el lecho, cerró los ojos y soñó, una vez más, que tenía a Zanai entre sus brazos y que...

Despertó bruscamente. Alguien llamaba a la puerta de su cámara.

Conectó su visor automático, reconoció a Hallanah y permitió que entrara en su aposento.

Dando muestras de singular agitación, el anciano se acercó al lecho y exclamó:

—¡Kazzan, Goork y Kriima están muertos!

El príncipe abandonó el lecho de un salto.

—¿Cómo...? ¿He oído bien, methegii?

—Lamentablemente, sí, señor. Acaba de avisarme el genyab Dallasii: han encontrado muertos en su celda a ese par de infelices criaturas.

—Pero ¿cómo es posible? —exclamó el kazzan, alarmado.

Hallanah, bajó la mirada, agobiado y apenado.

—No lo sé, kazzan. Dallasii cree que se han suicidado.

—¿Es posible?

—Sus cuerpos yacen, ya fríos, en la celda en que fueron encerrados. He visto profundos cortes en sus muñecas. Indudablemente, ambos han muerto desangrados, víctimas de tremendas hemorragias. Pero...

—Di, methegii.

—No sé qué pensar, señor —murmuró el anciano, indeciso—. Zanai y yo les llevamos la comida, que ambos devoraron con singular voracidad. Parecían mucho más relajados, tranquilos...

—¿Quieres decir que, en tu opinión, esas dos criaturas no mostraban signos de querer suicidarse? —interrogó el príncipe, escrutando inquisitivamente las facciones de su ministro.

—Sí, exactamente, señor. Mi hija, Zanai, había conseguido ganarse la voluntad de ambos, particularmente de la mujer, Kriima, quizá por la afinidad de sexos. Yo juraría que ya no se sentían desesperados ni tan abrumados como para pensar en el suicidio. Por otra parte, el genyab Dallasii no ha encontrado el instrumento agudo y cortante que hubiera sido preciso para practicar las profundas incisiones halladas en sus brazos y cuyas hemorragias les causaron la muerte.

Tharrax hincó su amplio y musculado tórax de aire.

—Así pues, tú, methegii, sospechas que han sido asesinados... —sugirió el príncipe.

—No me atrevo a pronunciar tal acusación, kazzan. Quizá me equivoque... Pero en mi fuero interno, todo este asunto se me antoja desproporcionado, sospechoso y oscuro —respondió el anciano.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio.

Al cabo, fue Hallanah quien lo rompió al preguntar:

—¿Sigues interesado en entrevistarte con Hurani, señor?'

Tharrax, sombrío, alzó el mentón.

—¿Para qué? —respondió—, ¿Cómo podría explicarle las muertes de Goork y Kriima? No, no iré a los acantilados de Barain-Xest. Ya nada tenemos que hacer allí. Al amanecer abandonaremos este lugar y nos dirigiremos a la orilla meridional del mar Ecuatorial.

CAPITULO IV

Un rebaño de corpulentos antílopes huyó a la desbandada cuando las naves de Serenbad descendieron de las alturas y planearon con horrísono fragor sobre la herbosa y extensa pradera.

La macronave capitana fue la primera en posarse en tierra. Poco después la siguieron las restantes aeronaves.

Multitud de variedades de herbívoros, la mayor parte de ellos de proporciones colosales, huían locamente en todas direcciones, espantados por las desconocidas y mastodónticas naves serengallii. Las bestias partían en estampida, dibujando surcos en el yerbazal a modo de radios de una gigantesca rueda, cuyo epicentro era el lugar donde iban posándose las naves de Serenbad.

Tharrax seguía con la mirada tan singular espectáculo.

«¡Cuánta riqueza! —pensó, admirado—. Millones de golfees de carne fresca y nutritiva, al alcance de cualquier cazador hambriento. En cambio, los trogloditas de Barain-Xest se ven reducidos a cazar reptiles e insectos para sobrevivir.»

Las aeronaves habían dado varias pasadas a baja altura sobre la dilatada y fértil pradera.

—¿Dónde están los karanganii? —preguntó Tharrax a su methegii —. Hemos conectado telecaptores de imágenes, hemos volado casi a ras de tierra... ¡No hay rastro de esos cazadores indígenas! ¿Alguien puede explicarme dónde se han metido?

Vino en seguida Korall, el grueso general jefe de los servicios de

Etnología.

—¡No lo entiendo, Kazzan! —se excusó el rechoncho general—. Según mi documentación, estas feroces llanuras de aluvión estaban habitadas hasta hace treinta años por trescientos mil individuos de la raza karanganii. Eran cazadores, pero también agricultores y artesanos. Se agrupaban en tribus de doscientos a trescientos individuos y vivían en aldeas. Construían sus tiendas con pieles de los animales que cazaban y poseían leyes no escritas, por las que se regían. Tradicionalmente, los karanganii fueron siempre aliados nuestros. Pero ahora no están aquí. Me pregunto qué ha sido de ellos.

. Trescientas mil personas no pueden desaparecer de repente...

—No tan de repente —comentó, con una sonrisa amable el methegii Hallanah—. Han transcurrido treinta años, general.

—Tiene razón, honorable ministro —respondió Korall, desconcertado y embarullado—. No puedo comprender la razón de su desaparición.

Se volvió hacia Tharrax, que aguardaba, impaciente, en la cabina de observación, y sugirió:

—Propongo explorar estos contornos, kazzan. Quizá hallemos alguna pista que pueda explicarnos este enigma.

—Desde luego —respondió el príncipe, conteniendo a duras penas su irritación—. Emprendamos la exploración. No podría aguantar aquí ni un minuto más.

Su impaciencia estaba justificada, en cierto modo.

Desde el inicio de la operación, Tharrax había contado con la ayuda de los karanganii. Según la información que poseía, las tribus de cazadores observaban de cerca los movimientos de los wiranii. Esto venía a significar que Tharrax podría contar con información de primera mano sobre el enemigo, en cuanto avistaran a los karanganii, cuya lengua conocía Zanai a la perfección.

Ahora, la flota de Serenbad se había posado en la pradera, ahuyentando a miles de vistosos animales. Era hora de bajar a tierra y emprender la exploración.

Con el fin de que la operación les llevase el menor tiempo posible, el kazzan decidió que se formasen siete patrullas, cada una de las

cuales sería dirigida por un general.

Descendieron lentamente los siete *kralls* de los hangares y se formaron las patrullas.

Tharrax seleccionó para su patrulla a Hallanah, el general Korall y Zanai. El pretexto para llevar consigo a la hija del methegii era correcto: contar con sus servicios de intérprete. Pero en lo más mínimo al kazzan le interesaba más la presencia física de la mujer a bordo de su krall que la intérprete.

El vehículo del Kazzan permanecería comunicado con el resto de los kralls a través del modernísimo servicio basado en el rayo *zuu*, un descubrimiento revolucionario, versátil al cien por cien y muy fiable y eficaz.

—Nos proponemos registrar y explorar una amplia extensión de la sabana, desde la orilla del mar Ecuatorial hasta las cordilleras de Birra-Kary, al sur. Así pues, dividamos mentalmente esta faja en siete zonas, cada una de las cuales explorará una patrulla. Yo me reservo la que linda con la cordillera, la segunda será recorrida por la patrulla del general Wuustakari, la tercera, para el general Kaddon, la cuarta...

Una vez impartidas las instrucciones, muy claras y concisas, el krall del príncipe se puso en marcha a gran velocidad, en dirección Sur. Los demás vehículos le imitaron en seguida, abriéndose en forma de estrella de siete brazos hacia sus diferentes objetivos.

—Has hecho bien en reservarte la zona más próxima a las cordilleras de Birra-Kary, kazzan —declaró el general Korall—. Desde el aire, me pareció ver una aldea, situada en la falda de las colinas boscosas que forman el pie de la cordillera. Vayamos hacia allá, pues.

El krall se abría paso fácilmente a través de la mesa vegetal y del yerbazal. A su paso, manadas de estilizadas gacelas y de pesados bueyes, saltaban y se alejaban, espantados, de sus terrenos de pastos.

De cuando en cuando, en la sabana surgía un grupo de árboles *goopi*, especie muy frondosa, cuyas ramas y brotes devoraban con delectación los herbívoros. Pero jamás llegaban a tocar sus grandes frutos, en forma de melones de tamaño mediano, que colgaban de sus flexibles y resistentes ramas: las semillas de aquellos melones poseían un mortífero veneno, utilizado por los karanganii para abatir a los grandes cuadrúpedos.

Zanai exhalaba grititos gozosos contemplando el espectáculo

inolvidable de las gacelas manchadas, las cuales saltaban de improviso por encima de los matorrales de tres metros de altura y se zambullían en el yerbazal con una ligereza impresionante.

También Tharrax comenzaba a animarse.

Por lo general, le encantaba ver gozar a la gente. Y ahora, él gozaba a su vez contemplando los ojos brillantes de Zanai, las aletas de su nariz distendida, su boca entreabierta y la ansiedad que reflejaba su semblante.

—Cuando volvamos a Wiranai, cazaré unas cuantas gacelas para ti y las llevaremos a Hakribood. Estoy seguro de que se aclimatarán en nuestras latitudes. Te gustarán —prometió el kazzan.

—De veras lo harás por mí, Tharrax? —exclamó, ella, mirándole fijamente.

El príncipe parpadeó, deslumbrado.

Los ojos de Zanai parecían poseer luz propia, tan brillantes y luminosos eran. La miró él también, hechizado, hasta que, detrás de ellos, se oyó la tosecilla del anciano Hallanah.

Tharrax se separó de Zanai y trató de concentrarse en la espectacular visión que se ofrecía a sus ojos a través del cristal panorámico del krall.

—Nos estamos acercando a la cordillera de Birra-Kary —advirtió el general Korall—. Dentro de poco estaremos en la aldea karanganii.

En efecto, el vehículo rebotó sobre su colchón de aire al trasponer una suave loma y en seguida contemplaron en las estribaciones de las colinas boscosas la mancha gris de la aldea.

Cuando se hubieron acercado un poco más, incluso pudieron advertir los cónicos pináculos de las grandes tiendas, formadas por pieles unidas entre sí en grandes piezas, tensadas sobre un armazón de palos.

Una alta valla de ramas erizadas de púas protegía la aldea del ataque de las fieras. Sin embargo, había un gran espacio abierto a modo de entrada, que permitió pasar al vehículo, el cual se detuvo al fin en medio de una explanada de tierra apisonada.

Antes de que los expedicionarios bajaran del krall, Tharrax tuvo la

premonición de que la aldea de los karanganii estaba desierta.

Había algunos signos exteriores que permitían adivinarlo, por otra parte: la hierba que crecía alrededor de las tiendas, el suelo cubierto de hierbajos secos y palitroques, los agujeros que los insectos habían abierto en las pieles de cada tienda, el aspecto de desidia general.

Sin embargo, cuando el grupo que componía el comando penetró en una de las viviendas de los cazadores, pudieron comprobar que el interior estaba en orden. El horno de barro donde cocinaban las mujeres estaba limpio y la vajilla de cerámica, los cuencos de asta y los restantes utensilios ordenadamente colgados de unas cuerdas, alrededor de la tienda.

Allí se almacenaba todo lo que componía el «equipo» normal en una familia karanganii. Desde las armas de caza, hasta los instrumentos con los que las mujeres cosían y adobaban las pieles.

—Se diría que huyeron precipitadamente, abandonándolo todo —comentó Zanai, estupefacta.

—Es lo mismo que pienso yo —asintió el general Korall, husmeando aquí y allá.

—Pero... ¿qué pudo impulsarlos a la huida? —planteó el kazzan, mirándoles de hito en hito.

—No parece que la causa sea ninguna catástrofe —opinó el methegii Hallanah—. Tiene que haber otra explicación.

Permanecieron unos minutos allí, abstraídos y desconcertados.

—Sigamos adelante, avanzando por la línea de las colinas arboladas —propuso Tharrax—, ¿Crees que existen asentamientos más hacia el este, general Korall?

—Sí, eso es lo que pienso —asintió Korall—, Estuve observando atentamente estas estribaciones desde las alturas y me pareció ver una sucesión de aldeas, distantes entre sí.

Subieron al krall y el vehículo se alejó veloz al pie de las frondosas colinas.

Diez minutos después una nueva aldea.

No se demoraron mucho tiempo. Su descubrimiento fue idéntico al

anterior: dentro de las tiendas, todo aparecía en orden. No faltaba nada. No existía ningún indicio de catástrofe o cataclismo.

Cerca ya el mediodía, la patrulla del kazzan había hallado y examinado unas diez aldeas karanganii. Todas desiertas, vacías, sin rastro de presencia humana.

—Extraño, muy extraño —mascullaba el obeso general Korall entre dientes.

Era la opinión general.

¿Cuál era la causa de la huida masiva de las tribus de karanganii?

No habían hallado cadáveres, ni siquiera esqueletos que pudieran explicar una súbita mortandad, una epidemia, un inopinado desastre.

Tharrax consultó entonces con los jefes de las restantes patrullas. Sus informes coincidían con las comprobaciones que el kazzan llevaba a cabo personalmente: ni rastro de los karanganii. Habían desaparecido misteriosamente, se habían esfumado en el aire sin dejar huella.

Pero cuando Tharrax se disponía a impartir la orden a las patrullas para que volvieran al lugar de aterrizaje de las macronaves, llegó una comunicación urgente del comando dirigido por el general Kaddon.

—¡Atención, Kazzan; atención! Nos encontramos en una aldea situada junto al mar. Acabamos de encontrar a un individuo de raza karanganii. Ese tipo permanecía sobre un acantilado, absolutamente inmóvil, en la actitud de quien vigila el mar. Al ver aparecer nuestro krall saltó como un gamo y huyó lanzando chillidos espeluznantes. Al parecer, se ha refugiado en una de las tiendas de la aldea y no parece mostrar ningún deseo de conversar con nosotros. ¡Nos dispara dardos envenenados con una cerbatana! Probablemente, tendremos que paralizarlo si no queremos exponernos a recibir uno de sus dardos envenenados —llegó la voz del oficial Yass a través del sistema de telecomunicación basado en el rayo zuu.

—¡Tengan cuidado! —clamó en seguida Tharrax—. No le acosen. Manténganse a distancias hasta que lleguemos nosotros. No tomen ninguna iniciativa hasta nueva orden.

Dio instrucciones a las otras cinco patrullas de que debían confluir a orillas del mar Ecuatorial en la más distante aldea karanganii.

—Imprime a este vehículo la máxima velocidad posible —ordenó al conductor del krall—, ¡Vamos hacia allá!

El vehículo hendió la pradera y se alejó, vertiginosamente, hacia el noreste. Tardaron algo más de una hora en alcanzar su objetivo, pues la distancia era considerable.

Cuando el krall del kazzan llegó al borde del mar, los componentes del comando vieron a los otros vehículos alineados a cierta distancia de la aldea karanganii.

El oficial Yass vino hacia el krall del príncipe a la carrera, sudoroso y jadeante.

Su faz estaba descolorida cuando gritó:

—¡Ya es inútil, kazzan: ese karanganii ha muerto!

—¿Qué has dicho? —silabeó Tharrax, entornados los ojos y sintiendo que la furia comenzaba a quemarle las entrañas.

Yass palideció aún más, si ello era posible.

Por un momento, pareció que el príncipe Tharrax iba a golpearle. Zanai apoyó suavemente una mano en el hercúleo brazo de kazzan y el joven apartó sus ojos relampagueantes del oficial.

—Está bien, Yass. Explícame lo que ocurrió.

—Ese hombre estaba loco, señor, ¡lo juro! Salió dando extraños saltos cuando vio aparecer el krall, pero se detenía a veces y hacía extraños gestos, tras lo cual se refugió en la aldea. Creíamos que era inofensivo, pero cuando avanzamos a pie hacia la aldea, comenzó a lanzarnos esos dardos envenenados.

Tharrax contuvo su impaciencia.

—Ahórrate todo eso, Yass. Lo que quiero saber es quién mató al cazador karanganii —exigió, autoritario.

—Fue el general Kaddon, señor. Le fulminó con un disparo de su rifle desintegrador. Pero...

—¡Basta! Llevadme a presencia del general —ordenó el kazzan.

La comitiva se puso en marcha en pos del príncipe de Serenbad, que a su vez seguía al nervioso oficial Yass.

El krall del general Kaddon estaba a la entrada de la aldea, bajo un grupo de árboles frondosos, cuyos troncos aparecían inclinados en posición oblicua, por la acción de los vientos del norte, sin duda.

Poco después, el kazzan se entrevistaba con Kaddon.

—General, advertí que no provocasen al karanganii —pronunció Tharrax con voz tremante.

Kaddon se alzó del asiento que ocupaba en medio de una tienda. Al incorporarse, Tharrax advirtió que su brazo derecho cortado por debajo del codo. Un vendaje ensangrentado cubría el muñón.

—Lo sé, señor —respondió aquel hombre gigantesco con voz mesurada—, Y pensaba obedecer tales órdenes al pie de la letra, kazzan. Pero cuando un dardo envenenado se clavó en mi brazo... perdí el control de mí mismo y disparé mi rifle desintegrador contra aquel loco. Lo siento.

Tharrax contemplaba como hipnotizado aquel muñón sangrante.

—Pero, general Kaddon, tu brazo...

—Yo mismo me lo corté con mi machete, segundos después de sentir el picotazo del dardo en mi carne, señor —respondió el gigante, imperturbable—. Era la única solución. Conozco muy bien el efecto del veneno que los karanganii extraen de las semillas del árbol goopi: en cuanto el veneno se incorpora al torrente sanguíneo, la muerte es cuestión de pocos segundos. Yo no quería morir, todavía. De modo que empuñé el machete con mi mano izquierda y...

Tharrax parpadeó, conmovido. En seguida, impulsado por un sentimiento de admiración, abrazó a Kaddon.

—Ahora, señor, soy un general inválido. Probablemente, tendrás que apartarme de tu Estado Mayor —dijo Kaddon, con la mirada fija en el suelo, donde una mancha de polvillo amarillento señalaba el lugar donde el cuerpo del cazador karanganii se había desintegrado.

—¡Jamás! —exclamó Tharrax, fogosamente—. Un hombre que demuestra el valor y el heroísmo que tú nos has demostrado, es sumamente valioso y digno de respeto. Seguirás en tu puesto, Kaddon. Ahora... me ocuparé de que nuestros genyabii te curen tu herida. Ven conmigo. Apóyate en mí.

CAPITULO V

Al atardecer, Tharrax penetró en la cámara del general Kaddon.

—¿Todo va bien, general? —preguntó, con afecto.

Fue a sentarse al borde del amplio Lecho.

—Perfectamente, señor —respondió Kaddon, sin pestañear—. Apenas siento dolor. Doy mi brazo por bien perdido, puesto que sigo gozando de tu confianza.

—¿Cómo puedes dudarlo? —se enojó el kazzan.

Kaddon le miró a través de sus ojos entornados.

—Llegué a dudarlo, kazzan —confesó—. Desde que partimos de Hakribood, apenas hemos estado juntos unos minutos. Antes... ¿recuerdas, príncipe?, siempre estábamos juntos. Tú me admirabas y yo te enseñaba y te transmitía todos mis conocimientos en el arte de la guerra. Pero todo eso ocurrió antes de que fueses elegido príncipe de Serenbad. Fue entonces cuando ese decrépito Hallanah se apoderó de tu voluntad. Desde entonces me relegaste a un segundo puesto en tu estimación.

—¡No es cierto! —protestó fervientemente el kazzan—. La explicación es sencilla: ya no soy un adolescente. Graves responsabilidades caen ahora sobre mí. Debo escuchar a todos. Por eso mi tiempo ha de dividirse entre las personas a las que estimo.

Kaddon entornó aún más sus astutos ojos.

—Sin embargo, sé que Hallanah te predispone en mi contra. El viejo es pusilánime, demasiado blando para la guerra. Aborrece todo lo que signifique violencia. Pero la guerra es un acto violento, príncipe. Tú lo has dicho: ya no eres un adolescente, sino el jefe de los ejércitos de Serenbad, libremente elegido por el consejo. Ahora eres tú quien debe tomar las decisiones libremente, sin dejarte influir por un hombre como el methegii Hallanah. Siento tener que abrirte los ojos, kazzan, pero ese viejo empieza a chochear. Es un ser débil e indeciso. Ahora te predispone contra mí, mañana...

Tharrax se incorporó, inquieto.

¿Por qué no defendía a Hallanah? No era cierto lo que Kaddon decía. Hallanah no intervenía en sus decisiones por la fuerza, sino por la razón. Hallanah era demasiado noble para envenenar el espíritu de su príncipe.

—No debes inquietarte, Kaddon —dijo, volviéndose hacia el lecho—. No soy persona fácilmente influenciable, como habrás observado. Y mi estima hacia ti sigue intacta.

—Sin embargo, y lamentablemente, Hallanah sigue creyendo que tú eres un niño, kazzan —insistió el general, malévolo—. A mí personalmente, me odia.

—Pero ¿por qué? ¡No tiene ningún motivo! —protestó Tharrax.

—¿Tú crees? Yo regresé victorioso de centenares de batallas, él jamás intervino en ninguna. Hallanah es un militar frustrado. Nunca pudo combatir, porque no poseía las virtudes de un soldado. Tengo entendido que la primera vez que se encontró frente al enemigo, se puso enfermo de miedo y hubieron de devolverle a Hakribood. Hallanah me envidió siempre. Y de ahí su rencor. Le gustaría verme desprestigiado, deshonrado, hundido. Tengo entendido que incluso me difama solapadamente.

—¡No lo creo! ¡Es mentira! Hallanah sería incapaz de tanta bajeza —exclamó Tharrax, fogosamente.

Pero Kaddon sonrió con insidia.

—Quizá algún día pueda demostrarte que estás equivocado, kazzan, que soy yo el que está en posesión de la verdad —susurró con voz sugestiva—. En realidad, Hallanah es sinuoso: nadie sabe lo que piensa, nadie conoce sus fines.

—¿A qué te refieres exactamente, general?

—Yo soy un observador nato, príncipe. Veo lo que ocurre a mi alrededor y percibo sutilezas que a otros resbalan. Por ejemplo: sé hace mucho tiempo que estás enamorado de Zanai...

—¡General!

Kaddon era astuto. Sabía que Tharrax se sentía enojado ahora, pero sabía también que su curiosidad era superior a su enojo.

—No pretendo ofenderte, kazzan. ¿No es cierto, acaso, que amas apasionadamente a la hija del methegii Hallanah? Es un sentimiento muy normal en un joven ardiente como tú.

Tharrax simuló una expresión fría y distante, pero se sentía como sobre ascuas.

—¿Adónde vas a parar, Kaddon? —planteó.

—Hallanah sabe que tú estás enamorado de Zanai.

—¿Tú crees?

—Por completo. Le he observado, cuando Zanai y tú os mirabais sin poder disimular lo que sienten vuestros corazones: amor. La expresión del anciano era entonces escandalizada. Pero eso nada importa ahora. Fija tu atención en algo concreto: él sabe que tú amas a su hija —sugirió Kaddon.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Hallanah es aún sexualmente activo, según sé de buena tinta.

Esto era cierto. En Hakribood era notorio que el methegii se relacionaba a menudo con mujeres públicas, a las que seleccionaba cuidadosamente para asistir a sus fiestas en la villa que Hallanah poseía en los bosques cercanos a la capital de Serenbad.

—Supongamos que Hallanah sea el anciano más potente de todo Serenbad. ¿Qué quieres darme a entender, general? —Tharrax comenzaba a impacientarse.

—Piensa, Kazzan: si el viejo te estimase de veras, si se preocupase por ti tal como pregona a los cuatro vientos, se habría apresurado a casarse con una mujer joven, de la cual hubiera podido tener descendencia. Y en tal caso, Zanai dejaría de ser su última hija, la que se destina al culto de Hakris. Y con ese simple gesto te hubiera liberado a ti, pues en adelante podrías desposarte con la mujer que amas sin el menor impedimento. ¿Es esto cierto o no?

Una gran agitación se apoderó del joven príncipe.

En efecto, entendidas las cosas tal como Kaddon .las proponía, había que considerar a Hallanah un egoísta irresponsable.

—No quiero hablar más de esto, Kaddon: es un asunto que sólo me

atañe a mí —advirtió severamente, aunque se sentía muy excitado interiormente—. Vine a interesarme por tu estado de salud. Cambiemos de tema. Hablemos por ejemplo del enigma de los karanganii.

Kaddon dejó escapar una carcajada.

—No existe tal enigma, señor —respondió.

—¿Puedes explicarte de alguna forma la fuga o desaparición de trescientos mil cazadores indígenas? —replicó Tharrax, estupefacto.

—Hubo fuga, deserción, pero no desaparición —fue la respuesta del general.

—Te ruego que te expliques claramente —pidió el kazzan,

—Pues bien: llegaron unos grandes barcos a la orilla meridional y desembarcaron unos centenares de wiranii. Desplegaron una gran propaganda ante los sencillos cazadores de estas praderas y les convencieron de que al otro lado del mar Ecuatorial vivirían mil veces mejor. En adelante, no tendrían que molestarse en cazar ni trabajar, dispondrían de manjares inimaginables y abundantes y poseerían viviendas maravillosas. Y lo peor es que todo lo que los solapados wiranii prometieron a los cazadores karanhanii era rigurosamente cierto, puesto que ninguno ha vuelto.

—Kaddon, ¿estás seguro de todo eso? —preguntó el joven príncipe de Serenbad, incrédulo.

—Absolutamente seguro. Ese pobre loco lo gritaba a los cuatro vientos cuando huyó hacia su aldea. Los demás no conocían el idioma karangani, pero yo sí. ¿Olvidas que he guerreado durante sesenta años, kazzan?

Tharrax asestó un feroz puñetazo sobre el brillante xikrón del lecho del general Kaddon.

—¡Así que todos huyeron a Ia desbandada, se entregaron a las promesas de los odiados enemigos del Norte! —bramó, humillado.

—Sí. Probablemente, el tipo al que tuve que aniquilar fue el único que quedó en estas tierras, de entre los individuos de su raza. La soledad debió enloquecerle. Por eso comenzó a disparar sus mortíferos dardos envenenados en cuanto penetró en su tienda.

Permanecieron ambos largo rato en silencio.

Cuando el kazzan se alzó del borde de! lecho, el general Kaddon susurró:

—Ahora ya no contamos con nuestros ancestrales aliados. Tendremos que enfrentarnos solos a los traidores wiranii. Aunque en el fondo lo prefiero. Los karanganii se han convertido, también, en nuestros enemigos. Ya no los necesitamos para nada. Los exterminaremos, ¿verdad, príncipe?

CAPITULO VI

Tharrax se encerró en su cámara y permaneció dos jornadas sin ver a nadie.

Al tercer día, el general Zorpax, jefe de los servicios de aprisionamiento de víveres le hizo llegar un ultimátum a través del intercomunicador.

—La situación es crítica, kazzan. Pensábamos aprovisionar nuestros congeladores de carne fresca en la sabana, pero hasta ahora no hemos cazado un solo animal. No disponemos de carne y nuestra gente está harta de consumir comidas a base de cereales, vegetales y pescado. ¿Has tomado alguna decisión al respecto, príncipe?

—La acabo de tomar ahora mismo, general. Organiza una gran cacería. Yo mismo participaré en ella.

—¡Es una magnífica noticia, kazzan! Nuestros hombres y mujeres necesitan ejercicio físico y emociones que les permitan desahogarse. Comunicaré la noticia a todos. ¿Qué armas debemos emplear, príncipe?

—Armamento convencional, general. Fusiles paralizadores. De esa forma, ahorraremos energía y la cacería resultará más deportiva. En estas praderas existen bueyes que llegan a pesar medio galf (cinco toneladas). Son animales salvajes muy resistentes. No sabemos si nuestros fusiles bastarán para abatirles. Pero, de esa forma, nuestros camaradas añadirán la emoción de la incertidumbre a su aventura —

replicó Tharrax.

Se vistió aprisa. Ahora ansiaba sumarse al grupo de cazadores que habían de abarrotar de carne fresca las bodegas de las macronaves.

Se ocultaba a sí mismo que, en realidad, lo que no quería era pensar. Pensar en sus problemas más íntimos y candentes.

La caza, la aventura y el ejercicio físico serían suficientes para mantener su atención ocupada y relegar sus más inquietantes pensamientos a un rincón de su mente.

Abandonó la cámara real.

Advirtió un desusado movimiento en los largos corredores de la nave. La gente iba y venía, se detenían en pequeños grupos y hacían excitados comentarios.

Los más jóvenes parecían muy agitados por la inminencia de la partida de caza y sus peripecias.

Cuando se disponía a descender, la bellísima Zanai apareció ante él. Estaba radiante de hermosura y más atractiva que nunca. Había cambiado su habitual túnica de sutil raso celeste por botas de finísima piel roja, faldellín de láminas de xikrón y una cazadora de piel, igualmente roja, entreabierta a la altura de los senos.

—¡Kazzan! —exclamó ella, ansiosa—, ¡Estaba tan preocupada por tu largo aislamiento...! Pero ahora ya me siento más tranquila, tras comprobar que no estás enfermo.

—Me siento mejor que nunca, Zanai —susurró el príncipe—. Sobre todo si tú estás cerca de mí.

Hubo entre los dos un momento de intensa emoción, casi de felicidad. Al fin, Zanai se vio obligada a desviar la mirada, tan intenso era el brillo que fulgía en los ojos dorados del hombre.

—Entonces, ¿puedo acompañarte, Tharrax? —preguntó ella.

—No permitiré que te separes ni unos centímetros de mí —respondió el kazzan ardorosamente.

Descendieron.

Por la rampa descendieron ya los kralls y los grupos de cazadores de ambos sexos se apiñaban alrededor de los vehículos, impacientes

por partir.

Al fin, el kazzan dio la señal de partida y los kralls partieron en grupos a través de la herbosa llanura.

En seguida comenzaron a aparecer las manadas de gacelas, antílopes, búfalos y bueyes con cuernos soberbios, en forma de media luna.

Las instrucciones del general Zorpax, jefe de la partida, eran terminantes: no se abatirían piezas de tamaño inferior a un antílope sankri, ni se matarían hembras o crías. Sólo machos adultos, de gran alzada y corpulencia.

La primera pieza fue cazada por el joven oficial Lanwor. Este disparó contra un gran búfalo «barbudo», que cayó sobre la hierba dando volteretas. Lanwor saltó ágilmente de su krall, corrió hacia su presa y de un solo tajo de su machete degolló al búfalo, inanimado instantáneamente por el rayo paralizador. De esta forma, el animal murió sin experimentar el menor sufrimiento.

Ufano de su hazaña, Lanwor fue recogido por sus compañeros a bordo del vehículo e intentó repetir el lance. Un colosal macho apareció bajo las ramas de un grupo de árboles goopis, Lanwor apuntó su fusil y lanzó su rayo. El animal se desplomó como una mole.

Sin embargo, aquel formidable macho debía poseer una resistencia increíble, puesto que cuando el oficial se disponía a degollarlo con su machete, el animal volvió en sí, se incorporó vivamente y trató de embestir a Lanwor, el cual tuvo que saltar desesperadamente hacia el tronco de un árbol. En el lance, perdió de su pantalón de cazador, que quedó colgando de las astas del búfalo que, enfurecido, trataba de alcanzarle con espectaculares saltos.

El pobre Lanwor quedó colgando de una rama... con sus partes más íntimas al aire, lo que provocó un considerable jolgorio entre los cazadores que presenciaban el incidente.

Después de que sus compañeros rescataron al oficial, los grupos de cazadores se dividieron y alejaron entre sí, a través de la dilatada sabana.

Excitada por el ejemplo de Lanwor, Zanai propuso un juego más excitante aún: dar caza a un buey «cuernos de luna» vivo.

—Es una locura —observó el kazzan—. Repara, Zanai, que uno de esos bueyes puede llegar a pesar un galf (diez toneladas).

Zanai le dirigió una mirada burlona.

—¿Temes por mí o... por ti, Kazzan? —susurró.

Irritado por este comentario, Tharrax respondió:

—Haz lo que quieras, eres mayor de edad.

Los otros cuatro jóvenes que componían el grupo de Tharrax se mostraron entusiasmados con la idea de Zanai, que consistía en perseguir un buey y enlazarlo por los cuernos con una resistente soga.

Como habían replegado hacia atrás la articulada cubierta del krall, disponían de espacio suficiente para ello.

Un oficial del servicio del Kazzan preparó el lazo. El krall se dirigió a un bosquecillo frondoso situado en una loma, cuando se oyó un mugido potente y un enorme buey abandonó los árboles en vertiginosa carrera.

—¡Déjame a mí, Yuundah! —solicitó Zanai, excitada. Y tomó el lazo en sus manos.

El vehículo se deslizaba vertiginosamente sobre el alto y verde pasto. Y la distancia entre el krall y el buey salvaje se iba acortando más y más.

Zanai, arreboladas las mejillas, se irguió y volteó el lazo. Certeramente, el círculo de cuerda rodeó la espectacular cornamenta del bóvido.

Al sentirse enlazado, el colosal animal se revolvió sobre sí, dispuesto a acometer al vehículo, que pasó rozándole.

Tharrax exhaló un grito de alarma: ¡Zanai había salido volando del krall!

El vehículo giró en redondo para dar la vuelta y el kazzan, alarmado, trató de buscar a Zanai con la mirada.

Estaba claro que el brusco tirón de la soga había arrebatado a Zanai del vehículo. Pero ¿dónde estaba ella ahora?

Exactamente a unos metros de distancia del enfurecido monstruo,

el cual machacaba la hierba con sus cascos dispuesto a embestir.

De repente, el buey cargó contra Zanai, caída en tierra.

Todo sucedió en breves segundos.

Cuando volvieron a ver a Zanai, ésta colgada de los largos cuernos del toro. No debía haber sufrido grave quebranto, pues sus chillidos de espanto llegaron claramente a los oídos de Tharrax.

Una de las astas del bóvido había perforado limpiamente la cazadora de cuero de la joven. La furiosa bestia trataba de ensartarla humillando la cerviz, pero no conseguía su objetivo y Zanai se desgañitaba pidiendo auxilio.

Luego, bruscamente, el buey partió a la carrera y se perdió en la sabana.

—¡Hakris omnipotente! —exclamó Tharrax, pálido de miedo.

Y ordenó al conductor del krall que partiera inmediatamente en pos del buey enloquecido.

Le dieron alcance pocos minutos después. Zanai seguía colgada de las astas de la fiera, pero bastarían unos minutos más para que sus ropas se rasgaran, Zanai cayera a tierra y fuera pisoteada por aquella masa de diez toneladas de peso.

—¡Más aprisa, más aprisa! —gritaba el kazzan, empuñando febril su largo y afilado machete.

El krall fue acercándose paulatinamente a la grupa del poderoso animal. Luego, de improviso, Tharrax saltó a la parte delantera del vehículo y aguardó unos segundos.

Todos presenciaron su espectacular salto sobre la grupa del buey.

—¡Se matará! —gritaron los jóvenes cazadores—. ¡Su sacrificio será inútil!

No debían conocer muy bien al joven kazzan. Porque Tharrax, aferrado a las crines espesas del lomo del bóvido, cabalgaba sobre él como un centauro.

Poco a poco, Tharrax consiguió desplazarse hacia adelante, sin cesar de rebotar sobre el lomo del buey.

Luego, inclinado sobre la cerviz, alzó con su mano derecha el largo machete y lo clavó profundamente en el cuello del buey.

Brotó un arco de sangre y el animal aflojó su marcha.

El cuerpo de Tharrax se empapó de sangre tibia. Aferrado a las crines, siguió apretando más y más el cuchillo. El buey no galopaba ya: caminaba con la cabeza baja y se agitaba en terribles estertores que hacían vibrar todo su cuerpo.

Súbitamente, se desplomó.

Tharrax saltó al suelo y se inclinó sobre el cuerpo de Zanai.

Vio sus bellos ojos en los que se reflejaba el terror, partió de un tajo la prenda que inmovilizaba a la joven y hundió su rostro en los largos cabellos negros de Zanai.

—¡Loca, loca, más que loca! —murmuró el hombre, estremecido—. ¡Me has hecho sufrir tanto!

La aferró por los hombros, la miró a los ojos y, sin poder controlar sus sentimientos, la besó apasionadamente en la boca.

Ella mudó de color.

—¡Tharrax, no puedes...!

El kazzan se separó bruscamente; el vehículo llegaba en ese momento.

Luego llegaron otros kralls y los cazadores tomaron a Tharrax en hombros y le pasearon por la pradera, vitoreándole y aclamándole sin cesar.

Fue un momento glorioso para el joven kazzan, que aún sentía el ardor insoportable de su sangre recorriendo de forma insufrible todo su cuerpo.

Al fin, pidió que le dejaran y que prosiguiera la partida de caza. Volvió a su krall y se reunió con su grupo.

Zanai, silenciosa y hermética, se había refugiado en un rincón. No pronunció una sola palabra en el resto de la jornada.

Entretanto, la cacería seguía desarrollándose con gran animación y numerosas peripecias, aunque no sucedió ningún accidente

importante.

Hacia el mediodía, el general Zorpax comunicó que habían sido abatidas setenta piezas, lo que bastaba holgadamente para llenar los frigoríficos de a bordo.

Se decidió organizar un asado a orillas del río Zimbolle, que formaba pronunciados meandros a su paso por la llanura, poco antes de desembocar en el mar Ecuatorial.

Los más jóvenes formaron una gran hoguera a orillas del río y se dispusieron a festejar el éxito de la cacería.

La temperatura era muy elevada y todos sudaban copiosamente. Se habían armado tiendas inflables a orillas del río, pero la mayoría de los jóvenes habían preferido ir a bañarse en las claras aguas del río Zimbolle.

Tharrax buscó a Zanai con la mirada, pero no la encontró.

«Debo disculparme ante ella —pensaba el joven príncipe—. No debí dejarme llevar por la pasión. Le explicaré que la excitación del momento fue la causa de mi sacrílega conducta. Estoy seguro de que Zanai me comprenderá y perdonará.»

Disimuladamente se separó de la gente que pululaba en el campamento y siguió el borde del río.

Las altas plantas acuáticas no permitían registrar las aguas de una sola mirada y hubo de caminar largo rato, escrutando, ansioso, los recovecos y sinuosidades de la orilla.

Al fin, se detuvo ante un tronco derribado, a orillas de un amplio y plácido remanso.

Oyó el rumor del agua y avanzó entre el follaje.

De pronto, la vio.

Zanai, como una grácil ondina, cruzaba a nado el remanso... completamente desnuda.

Tharrax cerró los ojos.

«No debo mirarla así. ¡Sería una profanación! Ella pertenece a Hakris, el Oculto», se dijo.

Pero la tentación fue más fuerte que cualquier otra consideración.

Y miró.

Fascinado, siguió los movimientos de la joven con la mirada.

Era maravillosa, perfecta.

Su piel, turgente y nacarada, destacaba atractivamente sobre las azules aguas. Sus cabellos flotaban a su alrededor como una estela de ébano.

—No debo permanecer aquí. ¡Debo alejarme! —murmuró.

Pero sus piernas se negaron a iniciar el movimiento.

Zanai nadaba despacio y cantaba cadenciosamente.

Llegó hasta la orillas y comenzó a recolectar preciosas flores acuáticas, con las que engarzó una larga guirnalda.

¿Qué hacía con aquellas flores?

Rodeaba con lindos collares su cuello, su pecho y su cintura. Cuando las flores cubrieron sus partes más íntimas, Zanai abandonó canturreando el remanso y salió a la orilla.

—Tiene que ser mía —murmuró Tharrax, febril—, Hakris debe ser comprensivo. El tiene a miles de vestales entre las que escoger. Pero yo... ;yo sólo puedo amar a Zanai!

Se volvió de espaldas, abrumado, desesperado.

—¡Tiene que haber una solución, ha de haberla! —se dijo, mientras regresaba lentamente al campamento.

Se detuvo a reflexionar en un lugar umbrío y silencioso.

Sí, había una solución.

O, mejor: dos.

La primera era la que el general Kaddon había sugerido: que el methegii tuviera nueva descendencia.

Pero Hallanah no parecía dispuesto a sacrificarse por su príncipe.

En tal caso, quedaba la segunda solución. Si Tharrax quería tener a Zanai para sí, Hallanah debía morir.

«Estoy pensando como un criminal», pensó, estremecido.

Pero siguió caminando y reflexionando arduamente sobre aquella segunda sucesión: la muerte del methegii Hallanah.

En aquel momento, la pasión desordenada nublaba la razón del joven kazzan.

CAPITULO VII

El general Kaddon paseaba impaciente de un extremo a otro del gran salón reservado al Estado Mayor del príncipe.

—¿Hasta cuándo, kazzan, hasta cuándo? —exclamó, volviéndose hacia Tharrax súbitamente.

—Hasta que estés recuperado.

—Pero ¡si lo estoy! Mi muñón está cicatrizado. En realidad, podíamos haber iniciado el raid al día siguiente de cortarme el brazo —exclamó el general con feroz entonación—. ¡No conoces bien a tu general, mi príncipe! Hubiera sido capaz de iniciar la ofensiva con mi brazo chorreando sangre... si tú me lo hubieras pedido.

Tharrax le miró, admirado.

—Eres el más valiente de mis generales, Kaddon. Pero yo no podía consentir que estuvieras en peligro...

—Tus palabras son nobles, kazzan. Pero ¿qué se ha conseguido con demorarnos aquí más de una semana? Todos se han entregado a la diversión y al placer. Incluso mis oficiales se han dejado llevar por la tentación de la indolencia y el ocio. Comen desaforadamente, beben con exceso, se abandonan. .. Esto es lo peor: olvidan que no emprendimos esta cruzada para cazar, bailar, reír, comer y beber, sino para guerrear. ¡Tus mejores oficiales se están convirtiendo en simples cortesanos, kazzan...! —gesticuló Kaddon, sin disimular su desprecio.

—No exageres. Todos merecían estas nuevas experiencias. Sé justo, Kaddon: ellos son jóvenes y aman la vida.

—¡Yo amo la guerra! He dedicado toda mi vida a pelear —afirmó el manco general, con soberbia.

—¡Cálmate! Los días de descanso y placer han tocado a su fin. Hoy mismo emprenderemos el viaje hacia el Norte —declaró Tharrax.

Kaddon se detuvo.

—¡Al fin! —exclamó, exultante de entusiasmo—. Estoy impaciente por atacar las principales ciudades wiranii.

Tharrax miró a su general con curiosidad.

—No se trata de la guerra... todavía —advirtió severamente—, Iniciaremos un vuelo de exploración y reconocimiento. Sobrevolaremos las principales ciudades de Wiranii y observaremos sus instalaciones de defensa, sus astilleros y arsenales. Es preciso que seamos prudentes. La prudencia es una importante regla de la estrategia militar, general.

Kaddon frunció el ceño.

—Cierto, pero ninguna regla más importante que la osadía y la acometividad. Sin valor y sin fe ciega en la victoria no hay vencedores —dijo.

El kazzan se puso en pie.

—No hablemos más. Haré venir a mis generales y les daré cuenta de mi decisión. Dentro de una hora, mi flota abandonará estas tierras y cruzará el mar Ecuatorial —anunció Tharrax.

La conferencia sólo duró unos minutos. Cuando los generales abandonaban el salón, el kazzan detuvo a Hallanah.

—Un momento, methegii: quiero hablar contigo.

Aguardaron hasta que el salón quedó desierto y ambos estuvieron a solas.

—¿Y bien, kazzan...? —exclamó el anciano.

—He decidido que viajes en la nave del general Kaddon —dijo Tharrax.

La sorpresa de Hallanah fue evidente.

—¿Puedo preguntar el motivo de tu decisión, príncipe? —preguntó respetuosamente.

Tharrax le dio la espalda y paseó a lo largo de la mesa de xikrón.

—Ambos conocemos a Kaddon, Hallanah. A menudo, el general se deja llevar por la vehemencia más que por la razón. Quiero que estés a su lado y le refrenes. Tu paciencia y tu experiencia servirán de contención a los ímpetus de Kaddon —respondió el príncipe.

—Haré lo que tú decidas, pero debo confesar que tu decisión me entristece. Hasta ahora siempre he estado a tu lado, Tharrax.

—Sí, pero sólo tú podrías cumplir la misión que te encomiendo.

—Kaddon me odia. No me resultará fácil convivir cerca de él —declaró el anciano, con voz mesurada.

Tharrax le miró, receloso.

—¿Dices que te odio? ¿Por qué habría de odiarte? —planteó, astuto.

—Si me lo permites, kazzan, me reservaré la respuesta. Sería muy largo de explicar. Por otra parte, no quiero indisponerte con Kaddon.

—¿Por qué no hablas con franqueza? —exclamó Tharrax, irritado—. ¿No será que sientes envidia de él?

Hallanah se retiró tan súbitamente como si acabase de recibir una bofetada.

—La envidia no es el principal de mis defectos, señor —protestó firme, aunque respetuosamente—. Si no ordenas otra cosa, iré a reunirme con el general Kaddon.

—Ve —respondió únicamente el joven príncipe.

Permaneció a solas durante largos minutos en el salón.

Se odiaba a sí mismo por haber mentido: no enviaba a Hallanah junto a Kaddon con la misión de influir positivamente sobre el impetuoso general. Sus razones eran otras.

En realidad, tenía la certeza de que el anciano methegii correría

graves riesgos a bordo de la nave de Kaddon. El genera! manco era un fanático capaz de poner en peligro a toda su tripulación, con tal de obtener una resonante victoria. Kaddon se veía constantemente obligado a satisfacer su ego y para ello jamás reparaba en sacrificios.

Hasta la fecha, no tenían información alguna respecto al poderío bélico del enemigo. En realidad, los serengallii ignoraban las fases de la evolución técnica y científica del pueblo wiranii, en virtud del extrañamiento que había dividido a ambas naciones a lo largo de treinta largos años.

«Sin embargo, hay que sospechar que su capacidad bélica habrá avanzado como la nuestra --reflexionó Tharrax—. Si Kaddon ataca inopinadamente, la reacción del enemigo no se hará esperar. Dispararán contra la macronave del general y, probablemente, la abatirán y destruirán. Y con ello...»

Con ello, Tharrax se habría librado del methegii Hallanah.

«Si él muere, yo tendré a Zanai sin necesidad de cometer un sacrilegio que acabaría desprestigiándome ante mi pueblo, lo que a la larga provocaría una revolución y mi derrocamiento», meditó, concentrado en sus pensamientos.

¿No era tanto como asesinar al anciano Hallanah?

Tharrax se estremeció. Pero en seguida nuevas ideas vinieron a aventar sus temores.

«Hallanah es viejo, muy viejo. Ha vivido largos años y ya es hora de que un hombre más joven ocupe su puesto. Es ley de vida.»

Abrumado, se dejó caer en su sitial. Pero en seguida, inquieto, se levantó y volvió a pasear a lo largo del salón.

Pensó en la posibilidad de una gran batalla sobre los cielos de Wiranii.

Cada una de las ocho colosales macronaves de su 'Iota llevaba en sus hangares una flotilla compuesta por quince rapidísimas aeronaves de ataque, todas ellas dotadas le destructores cañones desintegradores.

Los más elementales principios de estrategia aconsejaban el despliegue de las veloces y versátiles aeronaves ligera ., capaces de abandonar en pleno vuelo sus hangares.

Sin embargo, Tharrax estaba seguro de que el general Kaddon no utilizaría sus cazabombarderos de destrucción.

Por una razón sencilla: Kaddon no quería compartir la gloria y la victoria con ninguno de sus oficiales, a los ,|re tenía embaucados con la promesa de heroicas y victoriosas acciones.

Si los pilotos de las aeronaves ligeras obtenían señalados éxitos, Kaddon se sentiría envidioso, frustrado, impotente. Por eso Tharrax tenía motivos para imaginar que el general atacaría de lleno, desde su puesto de mando en la macronave y sin permitir que sus pilotos tomasen iniciativas personales.

Así, indudablemente, el riesgo sería mucho mayor para Kaddon y todos los que se hallasen a bordo de su macronave.

A Tharrax no le importaba perder una de sus ocho unidades. Con las siete restantes le bastaría para desatar una aplastante ofensiva.

Sentiría la muerte de Kaddon y mucho más la de Hallanah, pero las circunstancias no le dejaban otra alternativa si quería tener a Zanai.

—¡Es injusto! —barbotó—. Yo no debería sentirme abocado a tomar una decisión tan drástica. Pero así están las cosas.

Por un momento, el joven kazzan sintió nostalgia de los plácidos días pasados. Había gozado mucho con la caza, las exploraciones y las incidencias del viaje. Había reído, cantado y gozado como el que más.

Pero ahora todo había terminado. Había llegado el momento de emprender la acción bélica. Habría muertes, desolación, silencio y lágrimas.

—Es el destino —trató de disculparse a sí mismo.

Pero Tharrax sabía muy bien que el destino se lo forja cada cual, con su voluntad.

Se imaginó el dolor que sentiría Zanai cuando conociera la probable noticia de la muerte de su padre.

Ella amaba tiernamente a su progenitor, al que admiraba por su prudencia, su bondad y sus dilatados conocimientos.

«Yo la consolaré», pensó.

Pero no podía evitar sentirse como un criminal que planea

fríamente un asesinato.

En aquel momento, tentado estuvo de dar contraorden y hacer venir a Hallanah a su nave.

«Sería lo más acertado —pensó, clarividente—. Aún estoy a tiempo de enmendar mi yerro.»

Estaba ya dispuesto a hacerlo cuando alguien penetró en la estancia.

Era el alto y escuálido oficial Arkidon, uno de los hombres de confianza del general Kaddon.

—Excúseme, kazzan —pronunció el oficial—. La flota aguarda. Todo está dispuesto.

Tharrax sonrió irónico.

—Es el destino —murmuró.

Y exclamó en voz alta:

—Yo también estoy dispuesto. ¡En marcha hacia el Norte!

CAPITULO VIII

La flota aérea del príncipe de Serenbad despegó de la tierra de los karanganii y cruzó oblicuamente el mar Ecuatorial.

Tharrax no se dirigía directamente a Wiranii. Para evitar que el enemigo detectase las naves serengallii, el itinerario describiría una gran curva hacia el noroeste.

Volarían después sobre el círculo polar septentrional y descenderían luego sobre los hielos y alcanzarían la boscosa taiga, sorprendiendo al enemigo por la espalda.

Esto les llevaría más tiempo, pero ahora disponían de provisiones abundantes.

El viaje duró un día entero. Al amanecer del día siguiente, la nave capitana sobrevolaba la inmensidad del blanco desierto de hielo.

Zanai estaba con Tharrax en el puesto de mando. Arrobada en la contemplación de las desoladas llanuras polares, la joven permanecía en suspenso, silenciosa, llenos de admiración sus preciosos ojos violetas.

De cuando en cuando prorrumpía en grititos de gozo.

—¡Oh, oh, oh...! ¡Mirad aquel enorme animal de blanco pelaje! ¡Y aquella manada de animales de piel oscura!

Su entusiasmo era patente. Parecía una niña a la que sus padres llevan de viaje por primera vez.

Tharrax la observaba con adoración.

Zanai no había hecho ningún comentario acerca del incidente ocurrido en la pradera, poco después de que estuviera a punto de morir colgada de las astas de un buey.

Pero Tharrax no podía olvidar aquel beso que aún quemaba sus labios.

«Zanai es noble y abnegada. Me ha perdonado sin necesidad de palabras», pensó.

Tampoco ella había hecho comentario alguno acerca de la ausencia de su padre en la nave capitana.

«Zanai confía en mí. Ella entiende que todo lo que decido está bien hecho», reflexionó el príncipe, sintiéndose culpable.'

Era culpable.

Y la culpabilidad conlleva siempre, como inmediata pena, el remordimiento.

En lo más hondo de su corazón, Tharrax deseaba ahora que el anciano Hallanah saliera indemne de todos los peligros. Estaba arrepentido. Deseaba que el remordimiento purificase su calma.

Las naves atravesaban espesos cirros blanquecinos y la visibilidad era nula. El silencio era absoluto. Dentro de la cabina de observación sólo se oían las respiraciones quedas de Zanai y Tharrax.

Repentinamente, las nubes se abrieron y el sol lució, potente, sobre un mar algodonoso de color dorado.

—i Es..., es maravilloso! —murmuró Zanai, fascinada por el bello espectáculo.

Tharrax sentía sus deseos incontenibles de abrazarla por la espalda y unir su rostro en los fragantes cabellos femeninos.

Poseía una voluntad de titán y refrenó sus ímpetus. No tenía derecho a tocarla. Ella era propiedad divina. O lo sería muy pronto.

«La perderé, en cuanto volvamos a Serenbad —pensó el kazzan, con intensa amargura—. En cuanto lleguemos a Hakribood, su padre la acompañará al cenobio de Hakris y la entregará a los sacerdotes. No volveré a verla.»

Tharrax se rebelaba contra esta idea.

«Ahora comprendo por qué un hombre enamorado es capaz de llegar al crimen. Todo es preferible a sufrir el infierno de la impotencia», caviló.

Las nubes comenzaban a desvanecerse y allá abajo apareció la taiga verdosa. Interminables bosques de colosales árboles se extendían en todo cuanto abarcaba la vista.

Tharrax olvidó sus sombríos pensamientos y se comunicó con el oficial Arkidon.

—¡Atención, sistemas de observación! Penetramos en territorio enemigo. Volamos ya sobre Wiranai —advirtió.

A partir de aquel momento, entrarían en funcionamiento los sofisticados aparatos de espionaje aéreo y de detección, los cuales comenzarían a atesorar información sobre núcleos de población, instalaciones militares y sistemas de defensa del enemigo.

—Todo a punto, señor —oyó la voz del hermético Arkidon.

Tharrax sonrió con ironía.

«Probablemente, Kaddon habrá imaginado que le he infiltrado un espía en la persona de Hallanah. Supongo que al enviar a Arkidon a mi servicio, ha querido tomarse la revancha solapadamente», pensó, seguro de que Arkidon mantendría informado a Kaddon de todos sus

movimientos y conversaciones.

A Tharrax la repugnancia la hipocresía y la simulación. La educación que había recibido a lo largo de su infancia y su adolescencia se había basado en la sinceridad y en la verdad.

Y la persona que le había inculcado tales virtudes era precisamente el methegii Hallanah.

«No merezco perdón —se acusó el príncipe—. He traicionado a mi maestro.»

Allá abajo comenzaron a aparecer las pequeñas aldeas wiranii. La información llegaba instantáneamente a la cabina de observación.

—Población diseminada... Pequeñas granjas... No hay huellas de fortificaciones o sistemas de defensa...

La población wiranii era escasa en aquella zona. Pero ría aumentando a medida que avanzaran hacia el sur.

A la taiga sucedió la montaña, verde y boscosa. Las ciudades enemigas iban siendo cada vez de mayor entidad. Pero los sistemas de detección no hallaban posiciones fortificadas ni vestigio alguno de agresividad por parte de los odiados enemigos del Norte.

Tharrax se sentía desconcertado. Había llegado ya el momento de que los wiranii dieran muestras de belicosidad.

«Más adelante —pensó—. Tal vez nos sorprendan de un momento a otro.»

El cielo se aclaraba progresivamente, hasta que no quedó un solo vestigio nuboso en el horizonte.

El sol se alzaba majestuoso, muy por encima de la alta cordillera que cruzaba en diagonal el territorio enemigo.

Dentro de poco volarían sobre Tacharaine, una de las principales ciudades del Norte. Más allá se encontraban las urbes de Roosblastaff, Wüü, Kandarkan, Sowitaine, Hurkatula, Waxtaah...

Tharrax vigilaba atentamente el espacio aéreo. Como si adivinase la tensión del momento, Zanai permanecía silenciosa e inmóvil, apagada la alegría anterior.

El escuadrón de macronaves rebasó los picos de la cordillera. De

pronto, extendida en el valle, apareció la ciudad de Tacharaine.

—¡Es preciosa! ¡Y tan grande...! —exclamó Zanai, sorprendida.

Tharrax no le prestaba atención. Impaciente, solicitaba más y más información a los sistemas de detección.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Es que los wiranii no han descubierto nuestras gigantescas naves? —clamaba, irritado.

Gritaba porque las cosas no se sucedían como él esperaba. Aguardaba una provocación, una simple señal... para desatar el infierno sobre la populosa ciudad que se extendía a sus pies.

El escuadrón rebasó la ciudad y prosiguió hacia el sur.

En los altavoces resonó la gruesa voz del general Kaddon.

—¿Qué es esto, kazzan? ¿Pasamos de largo sin atacar? —clamaba, furioso, el general.

—Calma, amigo mío. No pienso exterminar a traición a toda una población sin que medie la menor provocación. Las cosas serían distintas si nos hubieran atacado. Pero ya ves que no nos han agredido. Esperemos. Seguimos el raid hacia el Sur —respondió el kazzan, autoritario.

Kaddon no hizo ningún comentario, pero estaba claro que ardía en deseos de atacar ciegamente.

A lo largo del raid, sobrevolaron las populosas ciudades de Roosblastaff. Kandarkan y Wüü.

No se produjo ninguna reacción y Tharrax dio orden de virar hacia el Este y continuar el raid a lo largo de la costa septentrional del mar Ecuatorial.

—¿Qué ocurre con los sistemas de observación y detección? ¿Se han averiado acaso? —clamaba el kazzan. impaciente y nervioso.

—Los sistemas están en orden, señor —llegaba la voz de Arkidon —. No hay ataque, no se produce la más leve agresión, no detectamos fortificaciones ni otros puestos de defensa. Es inconcebible, señor, pero los aparatos funcionan a la perfección.

En el horizonte brilló la lámina plateada del ancho mar, rutilante a plena luz del sol.

«¿Es que la maldita raza wiranii ha sido exterminada por el fuego divino?», se preguntó Tharrax, dominado por una extraña desazón.

Zanai le dirigió una mirada.

—Sería magnífico que no tuviéramos que combatir —dijo, como si hubiera adivinado los pensamientos del kazzan.

—¿Cómo? —gritó éste, furioso—, ¡Hemos venido a pelear contra los hombres del Norte! ¿No comprendes que esto no es un viaje de recreo?

—Ojalá lo fuese —respondió serenamente Zanai.

Se acercaban a la ciudad de Sowitaine, extendida a lo largo de la costa.

Tharrax ordenó que las naves descendieran a baja altura y evolucionaran sobre la ciudad.

—Estamos dispuestos a atacar, kazzan —vibró la voz de Kaddon en los altavoces.

—Atacar, ¿a qué, a quiénes? —respondió el príncipe.

—A la ciudad que tenemos a nuestras plantas. ¡Destruyámosla!

Tharrax jadeó.

La inactividad, la pasividad le atosigaban como un dogal de acero. Por un momento estuvo a punto de dar la orden que Kaddon esperaba con impaciencia.

Pero una mano de Zanai acarició la suya y los tiernos ojos de la joven se clavaron en los suyos.

—No lo hagas, Tharrax —susurró Zanai—. No es justo. Ellos no nos han agredido. No tenemos excusa moral para destruirlos.

—Tienes razón —respondió el príncipe, en el mismo tono de voz—. Sería un crimen.

De nuevo llegó la voz airada del general Kaddon.

—¡Príncipe, ha llegado el momento de vengar a nuestros muertos! ¡Da la orden y Sowitaine quedará destruida, convertida en polvo impalpable!

Zanai se agitó, asustada.

¡Cuánto odio destilaban las palabras del viejo y rencoroso general…!

Tharrax se incorporó, indignado.

—¡General Kaddon! Has de saber que forzar la voluntad del príncipe de Serenbad es un delito. Por tanto, te ordeno que obedezcas mis órdenes al pie de la letra. Y éstas son: continuar nuestro raid de observación en dirección a Hurkatula —clamó con voz estentórea.

—Está bien, kazzan —vibró la voz de Kaddon—, Obedezco.

El escuadrón voló por encima de la bella ciudad de Hurkatula poco después. Y, prosiguiendo su ruta, llegó hasta la ciudad más oriental, la gran Waxtaah.

La nave capitana evolucionó majestuosamente sobre la ciudad varias veces. Al comprobar que no se producía la menor reacción belicosa, Tharrax dio la orden de dirigirse aún más al este, donde pensaba tomar tierra.

Fue entonces cuando apareció aquel punto diminuto en el horizonte, en dirección oeste. Aquel puntito fue creciendo de tamaño rápidamente hasta convertirse en una sinuosa y larga serpiente negra de diez silavs (unos treinta kilómetros) de longitud.

—¡Atención, atención, príncipe Tharrax! —resonó la voz del general Kaddon—, ¡La agresión procede del oeste! ¡Solicito tu permiso para atacar a esa cosa descomunal que se nos echa encima a velocidad vertiginosa!

—Concedo el permiso y ordeno a todas las naves que disparen contra esa rara sierpe. ¡Todos dispuestos a repeler el ataque! —gritó Tharrax, súbitamente prevenido.

La línea sinuosa era tan extensa que tapaba el sol en una gran superficie. De pronto, Zanai tuvo la impresión de que se hacía rápidamente de noche.

—¡No veo nada, kazzan! —gimió la joven, asustada—. ¿Qué está pasando?

Un rumor sordo resonó contra las planchas de la macronave capitana.

Los metales vibraban como si estuvieran sometidos a una presión insoportable. El sonido era áspero, chirriante, desagradable, y aumentó de volumen hasta atronar los oídos.

Los captores automáticos de imágenes no funcionaban. O, al menos, en las pantallas no podía contemplarse otra cosa que una barrera negra y difusa.

—¿Qué ocurre, Tharrax? ¡Tengo miedo! —gimió Zanai.

—No lo sé —respondió el hombre—. Es algo brutal y desconocido. Pero no tengas miedo, querida mía. ¡Yo te protegeré! —susurró el hombre.

Y Zanai se cobijó en sus brazos, atenazada por un terror profundo.

CAPITULO IX

Súbitamente, la pantalla comenzó a mostrar imágenes más claras.

—¡Kazzan! —murmuró Zanai, trémula—, ¿Qué son esas criaturas que nos rodean por doquier?

—¡No lo sé! —respondió el príncipe, contemplando la vorágine de cuerpos alados que se agitaba en la pantalla—. ¡Parecen... enormes insectos!

Eran insectos.

Insectos gigantescos llamados *goozlichs*, a manera de enormes langostas que medían de un extremo a otro de sus alas la mitad de la estatura de un hombre.

Seguía oyéndose aquel rumor sordo, el golpeteo siniestro contra las planchas de la nave capitana y el zumbido de miles de alas batiendo el aire.

Kaddon se desgañitaba a través del rayo zuu, impartiendo sus órdenes a los cuatro vientos:

—¡Rayos paralizadores contra esa masa informe, preparad los

cañones desintegradores! ¡Esta agresión sólo puede partir de los traidores wiranii, cuya ciudad aniquilaremos en pocos minutos! ¡Proa abajo! ¡Descendemos! ¡Listos los cañones de proa!

De repente, la visión se aclaró totalmente.

La macronave capitana acababa de emerger de la colosal nube formada por miles o millones de goozlichs y volaba libremente, elevándose.

Tharrax ordenó al piloto que elevase más y más la nave para apartarse de aquel mar de gigantescas langostas.

Arriba, la nave viró. Desde las alturas, el kazzan observó la caída en picado de la nave del general Kaddon, que se abatía sobre la ciudad de Waxtaah.

Brotaron los rayos verdosos de los cañones situados a proa y los altos y airosos edificios comenzaron a derrumbarse espectacularmente en medio de una nube de polvo amarillento y finísimo.

—¿Por qué..., por qué lo hace? —murmuró Zanai, conturbada—. La serpiente negra no era otra cosa que una colosal formación de esos raros insectos. ¡Tharrax, mírame! ¿De veras crees que los wiranii poseen la facultad de dirigirse a esos goozlichs? ¡Tienes que detener al general Kaddon! —gritó.

Pero el kazzan se alejó de ella.

—¡No puedo detenerle, no quiero detenerle! Kaddon se siente excitado y furioso y tiene razón en atacar. Le asiste el derecho de desahogar su ira, puesto que el enemigo que nos ataca es inconsistente...

Se volvió bruscamente y miró la gran pantalla del telecaptador.

—Por otra parte, no estoy seguro de si se trata de insectos o de algún arma desconocida. ¡Mira eso!

A unos cuatro silavs de distancia por debajo de ellos, la sinuosa serpiente negra ondulaba caprichosamente.

De repente, la extraña forma se abatió sobre el suelo y desapareció a la vista.

—¿Has visto? ¿Quién nos dice que no se trata de un arma secreta?

Kaddon ha hecho lo que debía, aunque quizá se haya precipitado un tanto…

—¡Por Hakris! —murmuró la muchacha, demudada—. La ciudad que tenemos a nuestros pies tenía más de un millón de habitantes hace treinta años. No sé si hoy su densidad humana es mayor o menor, pero en cualquier caso en Waxtaah deben vivir muchos miles de personas. ¿Te imaginas lo que sentirán al ver cómo se derrumban sus edificios, cómo mueren sepultados bajo los escombros?

Tharrax alzó el mentón. Se esforzaba en conservar su sangre fría.

—No te lamentes demasiado por ellos. La mayoría de los wiranii que habitan Waxtaah morirán sin enterarse, sin sufrimientos. Los rayos desintegradores les llevarán de la vida a la muerte en un suspiro —pronunció con voz ronca.

Zanai se deslizó en sollozos. Pero el hombre no acudió a consolarla. Acababa de abandonar la cabina de observación.

* * *

La voz de Kaddon resonó por todas partes.

—¡Un gran día para nuestro pueblo, kazzan! Waxtaah ha sido destruida por completo y con ella un millón de nuestros odiados enemigos… ¡Quisiera brindar por esta victoria, señor! ¡Creo que me lo he merecido!

—Me lo he merecido —murmuró Tharrax, sardónico—, Kaddon no menciona para nada a sus oficiales, ni a las demás personas que han hecho posible su victoria sobre la ciudad de Waxtaah.

—Pírrica victoria, por lo demás, kazzan —comentó el joven oficial Lanwor—. Pobre victoria la que obtiene sobre el pueblo que no ha hecho nada por defenderse.

El príncipe alzó su copa para que su oficial se la llenase. Pero antes de beber, declaró:

—No es un brindis, Lanwor. Bebo porque tengo sed. ¡Sírveme!

Bebía también para mitigar el insoportable ardor de su garganta.

Cuando terminó, arrojó la preciosa copa lejos de sí.

Kaddon seguía pavoneándose a través del rayo zuu\

—Pronto la noticia de la destrucción de Waxtaah se extenderá a Roosblastaff, a Sowitaine y a la gran capital, Kardakan. ¡Nuestros enemigos temblarán! Pero ninguno de ellos encontrará un agujero suficientemente seguro dónde esconderse. ¡ En nombre del legendario Serengai, Kurbai de Serenbad, que no dejaremos piedra sobre piedra en este país! —gritaba.

También Tharrax hubo de gritar estentóreamente para hacerse escuchar.

—¡Orden del kazzan! Descendemos en las proximidades de la destruida Waxtaah para llevar a cabo una exploración. Todas las naves seguirán a la mía. ¡Ha hablado el Kazzan Tharrax!

La voz de Kaddon enmudeció.

Al punto, la nave capitana descendió vertiginosamente, planeó sobre las ruinas de Waxtaah y tomó tierra en una extensa explanada, a cuyo final se detuvo.

En seguida, el kazzan ordenó:

—¡Haced descender mi krall! Llevaré a cabo el reconocimiento personalmente.

A los pocos minutos, el vehículo se deslizaba sobre la explanada en dirección a las ruinas. Poco después les alcanzaron otros kralls, uno de los cuales iba ocupado por el general Kaddon y sus oficiales.

Kaddon gritaba vítores —dirigidos a sí mismo— como un energúmeno y se hacía servir licor en una copa de oro. Parecía borracho.

A la entrada de lo que había sido una gran urbe se detuvieron los vehículos. Kaddon vino a reunirse con el kazzan.

—¡Gloria a Tharrax, príncipe de Serenbad! —gritó, alzando su copa, que se derramó sobre su pecho.

Haciendo eses, llegó junto al vehículo de Tharrax, el cual le aguardaba inexpresivo.

—Estás borracho, general —pronunció fríamente cuando Vuelve a

tu vehículo y trata de controlarte. ¡Estás dando un pésimo ejemplo a las tropas!

Kaddon palideció. Luego giró sobre sus talones sin murmurar una palabra y volvió a trompicones a su krall.

Según pudo comprobar Tharrax poco después, no todos los edificios de Waxtaah habían quedado destruidos. Algunos aún se mantenían indemnes y erguidos.

El kazzan bajó del krall y varios de sus oficiales le siguieron. Penetró en un edificio largo y de baja fachada y salió poco después.

—¡Algo insólito! —comentó el joven oficial Lanwor—, No hemos encontrado un solo cadáver... a excepción de los de esos enormes insectos, que aparecen por doquier. Kazzan, ¿cuál es tu opinión?

Tharrax tardó en responder.

—Que milagrosamente los habitantes de esta ciudad la habían abandonado antes de que el general Kaddon comenzase a disparar sus cañones desintegradores. No sé qué pudo ahuyentar a los wiranii. Tal vez, esa plaga de feroces insectos goozlichs —pronunció.

El general Korall, que acababa de inspeccionar aquella casa, fue de la misma opinión.

—Nuestro kazzan ha hablado razonablemente. No hay rastro de nuestros enemigos: debieron evacuar Waxtaah mucho antes de que nosotros llegásemos —dijo.

Tharrax y sus generales volvieron a la explanada y subieron a los vehículos. El ánimo del kazzan se había aligerado.

—¡Hakris sea loado! —pronunció mentalmente—. No ha habido ninguna víctima.

Consultó con el general Korall, que viajaba en su krall.

—General, ¿qué motivo cree que ha impulsado a huir a los habitantes de Waxtaah? —preguntó.

—He visto una amplia zona deforestada, kazzan, al margen de esta explanada. Al otro extremo, se yerguen miles de troncos secos y sin ramas. Cuando descendíamos advertí todo un bosque defoliado. No había una hoja. Esos árboles morirán en pocos días. Creo que toda esa

labor devastadora es obra de la plaga de goozlichs. Esas langostas gigantes deben ser terriblemente voraces, capaces de asolar toda una comarca en pocas horas. Si los habitantes de Waxtaah tenían un ápice de sentido común, hicieron lo más prudente: huir.

—Mas, a pesar de la plaga, el peligro para hombres y mujeres de la ciudad no era inminente —opuso el príncipe.

El obeso Korall dejó escapar una corta carcajada.

—Tal vez no, pero a mí no me gustaría estar cerca de una bandada de goozlichs que, en pleno vuelo, abarca más de diez silavs de longitud. Si esa nube de langostas cayera sobre Waxtaah, bastaría para enterrar toda la ciudad… en el caso de que ésta continuara intacta —explicó el general.

Tharrax asintió con un movimiento enérgico de cabeza.

—Creo que estás en lo cierto, general. Y que el peligro que amenaza estas tierras es muy superior a lo que calculé en el primer momento.

—Sí, kazzan. La plaga podría asolar todo el país. Los goozlichs terminarían con toda la vida vegetal a su alcance. ¿Qué significado tiene esto? El hambre, las epidemias y la muerte… A menos que las gentes del norte dispongan de medio de defensa contra la plaga de goozlichs.

—¿Dónde estarán ahora? —preguntó el oficial Lanwor.

—¿Los goozlichs? Esa enorme masa se abatió sobre los bosques del norte, situados a unos quince silavs de aquí. Sólo quedaba una mancha verde en toda esta zona. Las langostas terminarán con ese pequeño oasis en pocas horas, tal vez en unos minutos.

Aún no había terminado de hablar el general Korall, cuando comenzó a percibirse un rumor sordo y distante.

El ruido aumentó in crescendo hasta convertirse en un zumbido horrísono e insoportable. Repentinamente, la luz decreció y luego una gran mancha oscura llenó el firmamento por encima de sus cabezas.

Al día sucedió súbitamente la noche, pues la luz apenas permitía ver.

Para entonces, el zumbido se había convertido en ruido estridente

y horrísono, que hería los oídos, a pesar de que las ventanillas de cristal resistente de los kralls habían sido alzadas con urgencia.

Los goozlichs comenzaron a rebotar contra las planchas. Se oían crujidos espeluznantes y las langostas caían pesadamente a tierra aleteando por última vez.

Uno de aquellos insectos gigantes se había posado sobre la cabina de krall del príncipe y movía sus mandíbulas, tratando de atacar el metal. Por supuesto, sus mandíbulas no eran lo suficientemente duras para afectar al xikrón, pero la visión de aquel bicho repugnante impresionó vivamente al kazzan.

Al cabo, el rumor decreció paulatinamente. La nube espesa de goozlichs se elevaba en el aire y se alejaba.

—Vuelan en dirección al norte. Lo arrasarán todo a su paso —murmuró el general Korall.

—¡Esa es una cuestión que no nos atañe! —respondió, airado, Tharrax.

—Sí, kazzan —respondió el general, desviando la mirada.

—A bordo de nuestras naves, estaremos a salvo. Volveremos a ellas en cuanto estos bichos se hayan alejado —anunció Tharrax.

Korall inclinó la cabeza en señal de sumisión.

Al cabo de unos minutos, el aire quedó despejado por completo. Allá en las alturas, los goozlichs se alejaban hacia el norte, adoptando aquella curiosa formación en forma de serpiente sinuosa.

Tharrax decidió avanzar hacia lo que había sido un frondoso bosque y echar una ojeada. Lo que vio le dejó espeluznado: sólo quedaban los troncos más gruesos y añosos. Todo lo demás, gruesas ramas, delgados tallos y hojas habían sido devorados por las langostas, de cuyos cadáveres estaba cubierto el suelo.

—¡Mueren por millares! —exclamó el oficial Lanwor—. ¡Ojalá se extingan por sí mismas!

Pero el general Korall les mostró los millones de huevos del tamaño de una uña que cubrían los secos troncos de los árboles.

—Ni siquiera queda esa esperanza —respondió, dirigiendo una

mirada al kazzan—. Estas langostas mueren a miles, pero se reproducen diariamente a centenares de miles. Sólo se extinguirán cuando hayan arrasado toda la superficie de este planeta.

Sucedió una pausa angustiosa.

Finalmente, Tharrax decidió que todos los expedicionarios volvieron a borde de las naves.

En cuanto se encontró en su cámara, el príncipe convocó al methegii Hallanah, el cual llegó a los pocos minutos a la nave capitana.

En la noble faz del anciano se reflejaban los momentos de angustia que había pasado a bordo de la nave del general Kaddon.

—¿Qué hace Kaddon? —le preguntó Tharrax, cuando ambos estuvieron a solas en la cámara real.

—Duerme su borrachera, señor. Había empezado a beber en cuanto sobrevolamos la taiga. No sé si esto es una crítica, pero Kaddon no me pareció tan valeroso ni tan desafiante cuando alcanzamos la tierra de Wiranai. Sus manos temblaban y parecía muy inquieto e inseguro. Quizá bebe tanto para darse ánimos —pronunció el methegii.

Tharrax no hizo ningún comentario. No había hecho comparecer a Hallanah para hablar de Kaddon.

—He enviado aviso a tu hija, noble Hallanah. Estará aquí en seguida —dijo el kazzan.

En efecto, Zanai llegó poco después.

—Tengo que haceros una confesión a ambos —empezó el kazzan, con voz grave pero decidida—. Tengo que declarar, Hallanah, que te envié con Kaddon a la muerte.

—¡Señor...! —exclamó el anciano, conturbado.

—Es cierto, methegii. Lo confieso humildemente. No podía vivir con el agobio que me causaban mis remordimientos. Te envié con Kaddon confiando en que su fanática conducta os condujera a ambos a la muerte.

Hallanah habíase derrumbado sobre un asiento y parecía profundamente afectado. Zanai, atribulada también, sostenía y

acariciaba a su padre.

—¿Por qué, Kazzan, por qué? —inquirió el anciano con voz débil.

—Porque amo a tu hija por encima de todas las cosas, porque no concibo la vida si no puedo amarla libremente. Si tú morías, Zanai no estaría obligada, según las leyes, a entregarse al culto de Hakris, y yo podría desposarla. Como ves, preferí sacrificarte a ti que sacrificarme yo —pronunció el príncipe, enronquecida la voz.

Hallanah inclinó el mentón sobre el pecho. Zanai acariciaba sus ralos cabellos.

El silencio se tornó pegajoso, denso, molesto.

—Tú podías haberme ofrecido otra solución, methegii. Si hubieras tenido uno o dos hijos más, Zanai hubiera estado a mi alcance. Pero tampoco tú tuviste en cuenta mis anhelos y he ahí el resultado: te envié a la muerte. Por fortuna, está ileso. A pesar de que me siento culpable, lo celebro de todo corazón, maestro.

Hallanah alzó el rostro. En sus viejos ojos había lágrimas.

—¿Lloras, methegii? Es lógico... ¡te he defraudado! —exclamó Tharrax.

—Mis lágrimas son de orgullo, kazzan. No lloro de amargura, sino de alegría, pues al fin tus sentimientos más nobles terminaron imponiéndose. Te perdono de todo corazón, hijo mío...

—¡Hallanah, no debes...!

—Sí, kazzan: yo conocía muy bien los sentimientos que se albergaban en tu corazón respecto a mi hija. Y hubiera dado mi vida por poder ofrecerte a Zanai. Pero no era posible, según las leyes, que siempre he obedecido escrupulosamente. En cuanto a la posibilidad de que yo pudiera hacer engendrar a una mujer, no existe.

—¿Cómo? —se asombró Tharrax—. En todo Serenbad es notoria tu fama de hombre potente y fecundo en...

Hallanah sonrió tristemente.

—Simples chismorreos que yo mismo alenté en tiempos pasados. Pero la verdad es que ya no puedo engendrar una nueva vida. ¿Crees que no hubiera hecho eso y mucho más por ti, kazzan, a quien eduqué

y amé desde niño?

Tharrax se puso en pie impulsivamente y abrazó al anciano. Luego se arrojó a sus pies.

—¡Por Hakris, que jamás hubiera sospechado la verdad! ¡Creí..., creí...! —balbuceó, consternado.

Pero Hallanah le obligó a alzarse.

—Los que saben humillarse con los más grandes, ¡oh, kazzan! Álzate, pues, ya que eres príncipe y llegarás a ser el Gran Kurbai de Serenbad. Pero no siempre la gloria se consigue a través de victoriosas acciones de guerra, Tharrax. Hay otras proezas que también merecen recompensa. Con el tiempo conseguirás ser tan legendario como tu padre, el gran Serengai.

—Pero, methegii, no merezco...

—¡Sí! Has confesado tu error y has obrado noblemente. Tus acciones venideras borrarán tus yerros, estoy seguro —declaró el anciano.

Tharrax jadeaba, incapaz de disimular sus emociones.

—En cuanto a Zanai y a ti —añadió Hallanah—, estoy seguro de que hallaremos una solución adecuada. Ten fe, kazzan.

—La tengo en ti, por encima de todas las cosas, maestro —respondió el joven, con voz estrangulada.

Miró a Zanai. La joven sonreía tímidamente.

—Y ahora, kazzan, mi deber es prevenirte —dijo el methegii.

—¿Prevenirme? ¿Contra quién?

—Contra el general Kaddon y sus oficiales.

—Pero, Hallanah, olvidemos eso. Kaddon...

—Les oí hablar anoche, a él y sus oficiales, cuando me creían dormido. Y he vuelto a escuchar sus comentarios hoy, cuando, borracho, atacó ferozmente la ciudad de Waxtaah. Kaddon conspiraba con sus oficiales y lanzaba improperios contra ti, a quien tildaba de débil, apocado e indeciso. «El joven Tharrax no nos sirve ya como kazzan. Se ha dejado sorber el seso por ese viejo y cobarde Hallanah y

conseguirá que el ejército de Serenbad se cubra de ignominia. Tendremos que tomar alguna decisión al respecto». Sus palabras, como verás, no podían ser más tendenciosas.

—No puedo concebir a Kaddon como un traidor, methegii. Debía estar ofuscado por el alcohol —protestó el príncipe, conturbado y nervioso.

—Es posible. Extrae por ti mismo las consecuencias que prefieras. Pero te aconsejo que estés prevenido. Kaddon o alguno de sus oficiales podrían atentar contra su vida —advirtió el anciano, expresándose con susurros confidenciales.

—¿Asesinarme? ¡No lo creo de ninguna manera! —respondió el kazzan, frenético.

Hallanah no insistió. Poco después el anciano y su hija abandonaban la cámara real.

Durante toda la tarde, Tharrax permaneció a solas con sus pensamientos.

No pudiendo soportar por más tiempo la soledad, rogó a Hallanah y a su hija que compartieran con él su mesa.

A los postres, el anciano methegii planteó la cuestión que más le inquietaba:

—Kazzan, ¿cuáles son tus planes para los días próximos? —preguntó—. ¿Acaso piensas atacar las restantes ciudades de Wiranai?

Siguiendo su costumbre cuando se sentía particularmente preocupado, Tharrax se puso en pie y paseó agitadamente de un extremo a otro de la estancia.

—No sé qué decisión adoptar —confesó, deteniéndose bruscamente ante el anciano y su bella hija—. Os confieso que cuando partimos de Serenbad ansiaba de todo corazón entregarme a las emociones de la guerra.

—¿Y ahora...? —intervino Zanai.

—¿Ahora? ¿Contra quién, contra quiénes voy a guerrear? ¡No tengo enemigos! Nos hemos paseado por las extensas tierras de Wiranai, hemos sobrevolado sus principales ciudades, nos hemos exhibido ante los wiranii y ellos no han respondido a la agresión. Al

parecer, las gentes del Norte se han vuelto cobardes.

Pero Hallanah se apresuró a advertirle:

—No confundas la cobardía con la prudencia, kazzan. ¿No podemos imaginar que nuestros ancestrales enemigos, aterrados por la gran mortandad de hace treinta años, decidieron olvidar las armas y vivir en paz?

Tharrax se detuvo, desconcertado.

—¿Quieres decir que los wiranii no nos odian ya? Mi padre, el insigne Serengai, mató personalmente a Skraniwoord, rey de Wiranai. ¿Tú crees, Hallanah, que sus descendientes habrán olvidado esto?

—Perdonar es una virtud divina, pero también la más excelsa de las humanas —respondió el anciano con voz grave.

Tharrax calló, avergonzado. Hallanah le había demostrado con hechos que los generosos son capaces de perdonar sin condiciones.

Volvió a pasear, incansable.

Al cabo, se detuvo nuevamente ante el anciano y su hija y pronunció:

—Dime, Hallanah, ¿cuál sería la decisión de un hombre tan prudente y justo como tú, de hallarse en mi lugar?

El methegii reflexionó antes de responder.

—El pueblo wiranii se ve abocado a enfrentarse a un gran peligro: los millones de goozlichs que están asolando su país. La plaga sumirá a las gentes del Norte en la ruina, el hambre y la desolación. Yo me sentiría movido a compasión y me pondría al lado de los wiranii para combatir la plaga —respondió el anciano.

—¿Cómo? —saltó, colérico el príncipe—. ¿Combatir contra unos despreciables bichos y al lado de nuestros tradicionales enemigos? ¡Jamás!

—Reflexiona, kazzan. Con ello demostrarías tu generosidad y la nobleza de tu corazón. Quizá, algún día, tú necesites de ellos.

—¿De los wiranii? ¡No imploraría su ayuda aunque estuviera a punto de expirar el último aliento! —clamó el joven, con arrogancia.

Hallanah inclinó la cabeza.

—Si ésa es tu postura definitiva, nada más puedo aconsejarte, príncipe —respondió, sin disimular su tristeza.

Tharrax se sentía disgustado consigo mismo. Sin embargo, para él resultaba inconcebible acudir en auxilio de sus enemigos.

—He tomado una decisión —declaró luego—. Mañana emprenderemos el regreso a Serenbad. Comprendo que no sería noble atacar a los wiranii en estas circunstancias. Así pues, doy por terminada la campaña y regresamos.

CAPITULO X

Al amanecer, el ejército del príncipe de Serenbad se disponía a abandonar Wiranai, cuando se dio la alarma a través de los sistemas de detección.

—¿De qué se trata, Lanwor? —preguntó el kazzan al oficial que había venido a prevenirle.

—Es un extraño artilugio, de gran tamaño, que se cierne sobre nosotros —respondió Lanwor.

Tharrax corrió a la cabina de observación, seguido por Lanwor. El telecaptador ofrecía imágenes de la extraña nave que se balanceaba en las alturas.

Se trataba de un objeto de forma ahusada, de grandes dimensiones —apenas más pequeño que una de las macronaves serengallii—, planos estabilizadores que emergían de su vientre y una especie de gran cabina colgada de su parte inferior.

—¿Qué es eso? —murmuró el kazzan, estupefacto.

—Parece un gran aeróstato, a juzgar por sus lentos movimientos —respondió el oficial Lanwor—, La gran tobera que se ve a popa debe corresponder al mecanismo propulsor.

—¿Quiénes serán?

—Lo ignoro, señor. Esa insólita nave no lleva ninguna señal distintiva.

En aquel momento un trozo de tela flameante brotó de la cabina del aeróstato.

—¡Son los colores de Wiranai! —exclamó Lanwor, atónito—, ¿Hemos de prepararnos para el ataque, señor?

—Todo lo contrario —respondió el kazzan—. Prevé a los comandantes de mis aeronaves que nadie debe dar la menor muestra de belicosidad.

Lanwor fue a cumplir la orden y volvió en seguida a la cabina de observación.

La gran nave aerostática descendía despacio, balanceándose levemente en el aire. Un momento después tomaba tierra a doscientos metros del lugar donde se hallaba la macronave capitana.

—No parecen abrigar intenciones belicosas —observó Lanwor.

—Acompáñame. Siento una gran curiosidad por averiguar quién llega en esa extrañísima aeronave —dijo el príncipe.

Descendieron a tierra. De las restantes macronaves también bajaban los generales del kazzan y nutridos grupos de oficiales, todos los cuales demostraban —por las expresiones de sus rostros— una intensa estupefacción.

De la cabina del aeróstato habíanse descolgado por largas cuerdas varios individuos de cabellos dorados, los cuales se apresuraron a clavar en el suelo unas barras metálicas terminadas en anillas, a las cuales sujetaron el extraño artilugio.

Una escala fue tendida desde la cabina acristalada y numerosas personas —todas de cabellos rubios— comenzaron a descender hasta el suelo.

Formaron dos filas en dirección al grupo que rodeaba al príncipe Tharrax y abrieron paso a un singular personaje ataviado con una capa roja bordada en oro.

—¡Una mujer! —murmuró el kazzan, asombrado.

La mujer era alta, esbelta y llena de majestad. Su larga cabellera

rubia ondeó al viento cuando caminó con paso decidido en dirección al príncipe Tharrax.

El kazzan aguardaba en posición rígida, cuadrados sus musculosos hombros, elevado el mentón e inexpresiva la mirada.

En su interior, Tharrax experimentaba una leve inquietud, de origen desconocido.

La mujer se detuvo a unos pasos de distancia. Era una matrona madura, de ojos azules, facciones carnosas y plenas de serenidad.

—¡Que Hakris os proteja, hombres y mujeres de Serenbad! —exclamó en voz alta y bien timbrada—. Yo soy Myldar, hija del rey Skraniwoord, reina de Wiranai. Os doy la bienvenida a mi reino y os deseo paz. ¿Quién es vuestro jefe?

El kazzan avanzó un paso.

—Yo soy Tharrax, príncipe de Serenbad y jefe de todos sus ejércitos —pronunció, tenso, esperando la reacción de aquella mujer, hija de Skraniwoord, el caudillo wiranii al que había matado Serengai en la gran batalla de Barain-Xest.

Si aguardaba que Myldar diera muestras de enojo, debió sufrir una gran decepción. Porque la reina de Wiranai sonrió cordialmente, avanzó y le ofreció ambas manos.

—Que la paz reine para siempre en nuestros pueblos, príncipe Tharrax. Hace muchos años, nuestros padres combatieron bravamente hasta que sus ejércitos quedaron diezmados. Sin embargo, cuando mis gentes me eligieron reina, decidí olvidar para siempre la violencia. Desde entonces, hemos vivido en paz. El pueblo wiranii ha progresado mucho y todos seríamos felices si no fuera por...

Tharrax dirigió una mirada de reojo a sus generales y oficiales. Muy cerca de él estaban el methegii Hallanah y Zanai, su hija. Todos permanecían pendientes de las próximas palabras del kazzan.

—Hablas de paz, reina Myldar —pronunció con voz tonante—, sin embargo tus actos no respaldan tus palabras. Según mis informes, te atraíste arteramente a nuestros aliados, los karanganii. ¿No podría tomarse eso como una provocación?

Myldar le miró, estupefacta.

—¿Atraernos a los karanganii? ¡Fueron ellos los que decidieron vivir en Wiranai, con libre iniciativa! Has de saber, príncipe Tharrax, que las enfermedades epidémicas asolaron hace pocos años a las tribus de los cazadores. Murieron más de cien mil de ellos. Compadecida de sus calamidades, les envié médicos y medicinas. Los que sobrevivieron me enviaron una petición: ser admitidos en Wiranai. Accedí a su petición. Los cazadores se han ido adaptando a nuestras costumbres a lo largo de estos años y hoy están perfectamente integrados en nuestra sociedad.

Aguardó la respuesta del kazzan, que no se produjo, y añadió:

—De ninguna forma hubiera provocado a tu pueblo, Tharrax, pues la decisión colectiva de la nación wiranii era la de vivir en paz. En muchas ocasiones sentí la viva necesidad de viajar a Serenbad y participaros nuestra determinación, pero no lo hice por prudencia: de ninguna forma deseaba que mi viaje fuera mal entendido. Ahora, ambos estamos frente a frente y ha llegado el momento de dialogar. Yo propongo lealmente que nuestros respectivos pueblos olviden sus rencores y marchen unidos en el camino del progreso.

Sucedió un silencio. Al cabo, el kazzan declaró:

—¡La paz! Esa es una decisión que no puedo tomar por mí mismo, reina Myldar. Incluso el príncipe de Serenbad debe consultar con su consejo cuestiones tan trascendentales.

Una leve sonrisa distendió las facciones de Myldar.

—Las gentes de Wiranai aguardaremos con impaciencia la respuesta del consejo. Por nuestra parte, hemos elegido la paz. Ni siquiera nos defenderíamos en caso de ataque. Con gran tristeza hemos visto las ruinas de nuestra bella ciudad, Waxtaah...

El príncipe se agitó, inquieto.

—No fue una acción de guerra, reina, sino un terrible error que pienso compensar.

Detrás de él, Hallanah susurró a su oído:

—Tanto en la guerra como en la paz, los príncipes observan ciertas cortesías, kazzan. Deberías invitar a la reina Myldar a subir a bordo.

Tharrax carraspeó, azorado. Y dijo:

—Ahora, reina Myldar, te ofrezco mi hospitalidad. ¿Quieres subir a bordo?

—Será un placer, príncipe Tharrax. He de solicitarte un señalado favor —respondió la reina de los wiranii.

Y ascendió a la nave capitana, seguida de su séquito.

A cierta distancia de allí, la ira congestionaba el ancho rostro del general Kaddon.

—¡Es... inconcebible, humillante, degradante! ¡Un kazzan de Serenbad recibiendo eh su nave a la reina de los enemigos...! Amigos míos: me temo que habré de tomar una decisión rápidamente...

En el gran salón del consejo se celebraba, entretanto, un solemne acto. El príncipe Tharrax presentaba a Myldar a su methegii Hallanah, su hija y los generales de su Estado Mayor, a excepción de Kaddon, el cual no había comparecido.

La reina Myldar, a su vez, presentó a los ministros y personajes de su séquito. Los hombres de cabellos plateados miraban con curiosidad a los de cabellera rubia. Pero no había rastro de animosidad en el ambiente.

—Has dicho, reina Myldar, que habías de pedirme un señalado favor. Habla, pues —sugirió el kazzan, cuando todos hubieron tomado asiento.

—Parece una maldición del poderoso Hakris, aunque no recordamos que hayamos hecho nada para merecerlo. Lo cierto es, príncipe, que una terrible plaga ha destruido grandes extensiones de nuestros bosques, praderas y plantaciones. Los voraces goozlichs se multiplican cada día y forman bandadas capaces de arrasar grandes extensiones en pocas horas. Si esto sigue así, antes de que llegue el otoño, nuestras tierras quedarán asoladas y el hambre y la miseria nos arrastrarán a la muerte. Yo te suplico, príncipe, que nos ayudes a combatir esta horrenda plaga.

—Pero tú misma has dicho, Myldar, que tu nación había prosperado considerablemente en las últimas décadas. ¿No poseéis capacidad suficiente para libraros por vosotros mismos de ese peligro? —exclamó Tharrax, irónico.

—Comprenderás nuestra situación en seguida: desde la gran batalla de Barain-Xest, nuestro pueblo decidió no construir más máquinas de

guerra ni armas de ninguna clase. En nuestras ciudades han florecido las Artes y las Ciencias, pero no disponemos de grandes aeronaves como ésta para combatir a los goozlichs. Sólo tenemos vehículos, barcos y aerostatos de transporte, pero carecemos de medios rápidos y eficaces para combatir la plaga. Por eso solicito tu ayuda. A cambio. estoy dispuesta a compensaros con riquezas materiales. Tú mismo, Tharrax, fijarás el precio.

El kazzan reflexionó por espacio de unos minutos, oculto el rostro entre sus manos.

—El general Korall es un experto en cuestiones ecológicas. Que tus expertos conferencien con él. Espero que encuentren una solución rápida al problema.

La noble faz de Myldar se animó.

—¿Accedes, pues, a socorrernos? —inquirió.

—Sí. Con ello pretendo enmendar otros errores. Así pues, si logramos exterminar esa plaga, estaremos en paz.

* * *

Las naves de Serenbad sobrevolaban los extensos bosques de Trewisakai.

Aún no había salido el sol. La gran manada de langostas se había abatido la tarde anterior sobre Trewisakai, comenzando su labor de destrucción, pero los grandes insectos permanecían ahora inmóviles sobre los árboles, aletargados por e! frío.

En cuanto el sol comenzase a calentar, los goozlichs reanudarían su labor de destrucción.

Pero de las macronaves de Serenbad empezaron a emerger las ligeras aeronaves de ataque. En lugar de cañones desintegradores, los cazas cargaban un producto químico activísimo contra la plaga.

Había que fumigar grandes extensiones y ello antes de que brillase el so! en el firmamento. Tal era la estrategia acordada por wiranii y serengallii, aliados por fin, tras largos siglos de cruentos

enfrentamientos bélicos.

A lo largo de diez días, las aeronaves de Serenbad habían volado sin cesar. Una de las macronaves, convertida en laboratorio y observatorio volante, seguía durante el día a la serpiente sinuosa formada por los goozlichs, que era atacada en vuelo con fumigaciones insecticidas de alta potencia.

Pero lo más trascendente era neutralizar los huevecillos que las langostas supervivientes depositaban al anochecer en la zona sobre la que se abatían.

La operación estaba dando resultados satisfactorios: de seguir así, la nefasta plaga estaría extinguida por completo en pocos días más.

Sin embargo, el kazzan y sus hombres no habían podido impedir que la plaga se abatiese un mediodía sobre la populosa urbe de Hurkatula. Millones de langostas gigantes habían expandido el terror en la gran ciudad, provocando que grandes masas de ciudadanos escapasen, despavoridos, el campo.

El incidente había resultado dramático; en la huida, los habitantes de Hurkatula pisotearon y atropellaron a los más débiles: los niños, centenares de los cuales perecieron en aquella ocasión.

Tan luctuoso hecho dejó una profunda marca en el ánimo de Tharrax que, al frente de los comandos de socorro, hubo de rescatar los cuerpecitos de los niños de entre la repugnante masa formada por millares de cadáveres de goozlichs.

También ocurrieron episodios semejantes en las ciudades de Kardakan y Wüü, las cuales quedaron parcialmente sepultadas bajo el peso de miles de toneladas de cadáveres de goozlichs, muertos tras chocar contra los edificios de las urbes, y atraídos por los potentes focos del alumbrado nocturno de! que gozaban ambas ciudades.

Sin embargo, los trabajos de extinción de la plaga tocaban a su fin. Los goozlichs habían sido erradicados de la mayor parte de las provincias de Wiranai. Bastarían pocos días más para que el temible peligro desapareciera.

El kazzan Tharrax había establecido su centro de operaciones en los alrededores de la ciudad meridional de Sowitaine. Allí se había establecido un gran campamento de refugiados, para cuyo transporte habían sido utilizadas las colosales macronaves serengallii. Miles de hombres, mujeres y niños wiranii se alojaban en los barracones

inflables cedidos por el príncipe de Serenbad.

Al anochecer, las naves regresaban a Sowitaine y los hombres y mujeres de Serenbad confraternizaban de forma natural con los que hasta entonces habían sido sus más odiados enemigos.

En cuanto al violento general Kaddon, se había entrevistado con su kazzan poco después de la visita de la reina Myldar.

—Imagino, señor, que has echado en falta mi presencia... Lo lamento, pero es algo superior a mis fuerzas. La cercanía de los wiranii me repele —declaró.

Tharrax le miró con severidad.

—General, la nación wiranii tiene que enfrentarse a terribles problemas. No es el momento más adecuado para resolver de forma violenta nuestras diferencias.

—Es posible. Sin embargo, para mí wiranii seguirá siendo sinónimo de enemigo. Por tanto, te ruego, kazzan, que me exoneres de la obligación de prestar mis servicios al enemigo. No quiero rebelarme contra ti, pero no puedo confraternizar con los wiranii.

El príncipe tomó una rápida decisión.

—De acuerdo. Mantente apartado de ellos. Puedes optar entre regresar a Serenbad con tus oficiales o quedarte aquí, al margen de lo que nosotros estamos haciendo —propuso el general.

—Elijo la segunda solución. A pesar de todo, quiero permanecer cerca de ti, kazzan —respondió Kaddon.

Cuando se marchaba, Tharrax le detuvo.

—¿Qué son esas manchas grises que hay en tu mano izquierda, general? —preguntó.

Kaddon ocultó rápidamente su única mano.

—Nada importante, señor. Un eczema sin importancia, supongo —respondió.

Pero dos días después, Tharrax descubrió en sus propias manos unas manchitas grises semejantes a las del general.

No le dio la menor importancia, puesto que no le molestaban y

siguió dedicado en cuerpo y alma a dirigir a sus hombres en los planes de extinción de la plaga de goozlichs.

Pero dos días más tarde, el genyab-jefe de su expedición vino a verle al campamento.

—Kazzan, tenemos que afrontar una grave epidemia. Varias docenas de nuestros hombres y mujeres han contraído una rara enfermedad epidémica que produce altísimas fiebres. De acuerdo con otros médicos wiranii, he logrado establecer que la enfermedad dermatológica es transmitida por un minúsculo parásito de los goozlichs, pero su patología nos resulta absolutamente desconocida. Ayer teníamos sólo catorce afectados, pero hoy son cincuenta y dos y mañana, probablemente, aún será más —le informó el médico.

Tharrax escondió subrepticiamente sus manos.

—¿No existe ningún remedio para esa rara enfermedad? —preguntó al jefe de sus servicios médicos.

El genyab inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Kazzan, durante treinta años en Serenidad sólo han importado los avances de la técnica bélica. Se han descuidado las investigaciones y estudios en otras ramas de la ciencia, como la Medicina. Yo mismo no soy otra cosa que un médico a la antigua. No cuento con equipos adecuados, ni con los conocimientos necesarios en Patología de epidemias —confesó el hombre, humillado.

Tharrax se enfureció.

—¿Entonces... a qué has venido aquí? —gritó, airado.

—Pretendo solicitar tu permiso para pedir la ayuda de los servicios sanitarios de la reina Myldar. En Wiranai se concede una gran importancia a la investigación clínica y al avance de la ciencia médica. Sus genyabii son verdaderas eminencias. Estoy seguro de que ellos se prestarán a ayudarnos.

Tras un instante de reflexión, el kazzan indagó:

—¿Es grave esa epidemia?

—Me temo que sí, señor. De los cincuenta y dos afectados, treinta han tenido que ser aislados y su estado es crítico.

—En tal caso, expondré personalmente nuestro problema a la reina Myldar —decidió el kazzan.

Y disimuladamente se rascó las manchitas grises que cubrían sus manos.

EPILOGO

Quiso alzarse del lecho y no pudo.

Sus miembros, paralizados, no le permitían más que unos leves y descontrolados movimientos. Palpó las verdes sábanas de seda y las halló empapadas en su propio sudor.

Al principio, Tharrax tuvo voluntad suficiente para atenazar el terror. Pero transcurrieron los minutos y al sentirse débil y enfermo comenzó a gritar.

Le pareció que había transcurrido toda una eternidad antes de que apareciera el oficial Lanwor.

—¡Señor, tu rostro...! —exclamó el joven, asustado.

—¿Qué le ocurre a mi rostro? —murmuró el kazzan, con torpeza.

—Está..., está cubierto de manchas grises, hinchado y... deformado —respondió el fiel Lanwor, dando muestras de evidente nerviosismo.

—Ve..., ve a... a avisar... al genyab-jefe —balbuceó Tharrax, esforzándose, inútilmente, en que su voz sonase normal.

—Al instante, kazzan. ¿Quieres que avise también al methegii Hallanah, a su hija? —preguntó el oficial, solícito.

—¡Nooo! —bramó el príncipe—. Haz... venir únicamente a... al genyab —respondió, percibiendo que cada vez le resultaba más difícil mover los labios.

Cuando el genyab penetró en la cámara, halló desvanecido a Tharrax. Muy inquieto, el médico administró una medicina oral al príncipe y abandonó precipitadamente la cámara.

En su precipitación, tropezó con el methegii Hallanah, el cual, al observar la desazón de que daba muestras el médico, le interpeló:

—¿Qué ocurre, genyab Juurda? ¿Nuevos afectados por la epidemia quizá?

—¡Hakris nos proteja! El afectado, en este caso, es nuestro kazzan. Y lo peor es que la enfermedad de nuestro príncipe está en fase muy avanzada —respondió Juurda, conturbado—. Probablemente, contrajo la epidemia hace muchos días, pero calló y ahora se encuentra en estado gravísimo. Ahora mismo haré venir a mis colegas wiranii para consultar con ellos.

Hallanah palideció. Pero con una demostración de gran presencia de ánimo, retuvo al genyab Juurda por un brazo.

—Tienes que mantener en secreto la enfermedad de nuestro kazzan, genyab. ¡Es de capital importancia que esta noticia se mantenga en secreto! —explicó.

—Pero ¿por qué? —respondió Juurda.

—El general Kaddon y sus amigos los generales Hilaina y Wuustakari conspiran contra nuestro príncipe. Hoy mismo he sabido que Kaddon está decidido a llevar a cabo un atentado contra Tharrax en cuanto se presente la ocasión más propicia. Y ¿qué ocasión mejor que ésta? Kaddon se sublevará al conocer la noticia de que nuestro kazzan está postrado en el lecho —susurró al oído del médico.

Juurda se turbó.

—¿Tan grave es la situación?

—Más de lo que podría hacerte comprender en este momento. Te ruego que no te separes del lecho de nuestro príncipe. Te enviaré a mi hija, para que te ayude. Entretanto, enviaré tu mensaje a la reina Myldar a través del oficial Lanwor.

—Confío en ti, methegii. Adopta todas las precauciones que estimes necesarias, pero haz llegar cuanto antes a los médicos de Wiranai. Ellos están elaborando con toda urgencia un suero para luchar contra esta rara enfermedad, que sólo ataca a los serengallii. ¡Ojalá tengamos ese suero en nuestro poder cuanto antes!

—Ve junto al príncipe y defiéndelo con tu vida si fuera necesario, Juurda. Yo me ocuparé de todo lo demás —respondió el anciano.

Al atardecer, Tharrax recobró fugazmente el conocimiento. Se debatía en una fiebre altísima y tuvieron que atar sus manos para impedir que se arrancara la piel a arañazos.

Al principio, no pudo abrir sus párpados. La piel se había cubierto de pústulas y el humor sanguinolento que éstas emanaban mantenía cerrados los ojos.

Pero una mano se posó sobre su rostro y humedeció sus párpados.

Tharrax abrió finalmente los ojos y parpadeó, deslumbrado, al ver el entrañable rostro de Zanai tan cerca de sí.

—Debo estar soñando —murmuró—. Hakris ha debido acogerme magnánimamente en su seno.

Pero Zanai sonrió y siguió acariciando sus facciones deformadas. Tharrax, aunque febril, comprendió que no se hallaba en el paraíso de Hakris, sino vivo todavía y en presencia de la adorada Zanai.

Cuando fue consciente de la realidad, se agitó impotente y gritó:

—¡Márchate de aquí, márchate ahora mismo…!

Asustada, Zanai se retiró un poco.

—Pero, kazzan, querido mío, no puedo alejarme de ti en estos momentos —murmuraron sus trémulos labios.

—¡Necia! —gimió Tharrax—. Tienes que obedecerme. ¡Vete! ¿No comprendes que estoy contaminado…?

A sus gritos acudió el genyab. Pero cuando Juurda se inclinó sobre el lecho, el príncipe había perdido los sentidos.

Juurda permaneció unos minutos observando al enfermo. Luego miró a Zanai.

—Nuestro kazzan tenía razón, Zanai. Corres un gravísimo peligro permaneciendo a su lado. Podrías contraer fácilmente la enfermedad y… morir.

Pero la joven mantuvo firmemente su mirada.

—No me importa morir. No me moveré de aquí —decidió, impertérrita.

Juurda salió apresuradamente de la cámara y se reunió con Hallanah y tres médicos de Wiranai.

—Su estado se agrava por momentos —susurró—. ¿Cuándo vendrá ese suero?

—En cuanto haya sido experimentado con animales contaminados en nuestros laboratorios de Sowitaine. Nuestros analistas trabajan febrilmente. Es cuestión de horas —replicó uno de los médicos de la reina Myldar.

Pero transcurrieron, lentas, las horas de la noche y el suero no llegaba. Tharrax apenas respiraba ya y su cuerpo se deformaba e hinchaba progresivamente.

Por la mañana, el general Wuustakari acudió a la nave capitana y solicitó entrevistarse con el kazzan.

—Nuestro señor duerme aún —respondió Hallanah, que acudió a recibir a Wuustakari.

No mentía. Tharrax permanecía inconsciente. Dormía. Quizá… para siempre.

—¿No puedes decirme a mí el mensaje del general Kaddon? —insistió el anciano, al comprobar la indecisión de Wuustakari.

—Preferiría hablar con nuestro kazzan, pero puesto que no es posible… Iba a informarle que el general Kaddon ha caído fulminado cuando trataba de abandonar su nave. Le hemos llevado á su cámara. Yace como si estuviera muerto.

Wuustakari no decía toda la verdad. Kaddon se había desvanecido, cuando, en unión de varios oficiales sediciosos, se proponía llegar a la nave capitana, ocultando bajo su propio uniforme un fusil desintegrador desmontado.

Hallanah envió a Juurda, que regresó poco después.

—Kaddon está muy grave. Probablemente morirá, si el suero no llega a tiempo —dijo.

Penetraron en la alcoba real. Zanai gemía junto al lecho, abatida por la proximidad de la tragedia.

En cuanto al príncipe, permanecía absolutamente inmóvil. Su

cuerpo estaba monstruosamente hinchado y su respiración era tan débil que apenas se percibía.

De repente, se produjo un tumulto fuera. Lanwor llegaba congestionado con una muestra del suero elaborado por los genyabii de Wiranai.

—¡Ha sido un éxito! —jadeaba—, ¡Nuestro kazzan está salvado!

Con manos temblorosas, Juurda tomó la muestra y preparó su material quirúrgico. El suero había de ser cuidadosamente inyectado a pequeñas dosis en la médula espinal del enfermo.

A las diez de la mañana se le administró la primera dosis. De hora en hora, Juurda fue inyectando mínimas cantidades del suero en su médula. Sus manos no temblaban ahora. Un movimiento en falso y Tharrax quedaría paralizado para siempre.

Al atardecer, la hinchazón de sus facciones comenzó a ceder. De madrugada, Tharrax volvió en sí y murmuró a través de sus labios agrietados:

—¡A... agua!

Dos días después, el príncipe estaba fuera de peligro. Muy pálido y delgado, su rostro estaba cubierto de costras sanguinolentas, pero en sus ojos renacía un destello vital.

Junto a él estaban Hallanah y la fiel Zanai, tan desmejorada que su aspecto movía a compasión.

Sin embargo, ambos se sintieron compensados cuando el joven tomó sus manos y las oprimió con fuerza.

—Gracias. Os debo la vida —murmuró.

Pero Hallanah movió la cabeza negativamente.

—Se la debes a la ciencia de los genyabii de Wiranai, kazzan. Mientras nosotros nos esforzábamos en construir poderosas y destructoras armas, ellos investigaban, creaban universidades, escuelas y centros de experimentación. Esas son las armas que han salvado tu vida —replicó el anciano.

Poco después llegó la noticia de que el general Kaddon había vuelto en sí. Al mismo tiempo, casi cien serengallii estaban siendo

tratados con el suero salvador.

Transcurrieron varios días, los enfermos volvían a vivir, paseaban y se recuperaban progresivamente. El más destacable de aquellos casos fue el del kazzan de Serenbad, que una semana después se había recuperado por completo. Por el contrario, el general Kaddon permanecía aún en el lecho.

En cuanto pudo ponerse en pie, Tharrax expuso su deseo de entrevistarse con la reina Myldar, a la que halló en la residencia real de verano de Sowitaine.

Con trémulas pero sinceras palabras, el príncipe de Serenbad manifestó su agradecimiento a la reina. Y añadió:

—Cuando accedí a ayudaros en la extinción de la plaga de goozlichs, sólo me proponía compensaros por la destrucción de Waxtaah. Dije: «Y así quedaremos en paz». Pero la verdad es que el deseo de la verdadera paz aún no había germinado en mi corazón. Ahora… he comprendido a tiempo que la gloria no sólo se consigue a través de la guerra. Quiero ofrecerte, reina Myldar, mi amistad imperecedera. Y te suplico que firmemos un tratado, mediante el cual nuestros pueblos gocen de una paz auténtica.

La emoción hizo temblar los labios de la reina de Wiranai.

—Acepto, príncipe Tharrax. Ahora, verdaderamente, podemos asegurar que estamos en paz —respondió, solemnemente.

Unos días más tarde, Myldar invitó al kazzan y sus gentes a una gran fiesta, que se celebraría al aire libre en los bosques próximos de Sowitaine.

Larguísimas mesas fueron montadas bajo las frondas, en una dilatada y fresca pradera.

Hacia el atardecer, fueron llegando los invitados de una y otra nación. Los hombres y mujeres de Serenbad se reunieron con los de Wiranai. Unos y otros se esforzaban en pronunciar sus saludos en la lengua de los que habían sido sus enemigos, lo que provocó varios graciosos incidentes.

No había recelos ya. Los rubios habitantes del Norte se esmeraban en agasajar a sus invitados y los del Sur agradecían gentilmente sus deferencias.

Al anochecer llegaron la reina Myldar y el príncipe de Serenbad. Detrás de ellos, el methegii Hallanah, Zanai y los ministros de ambas naciones.

Myldar alzó su copa a la luz de las grandes hogueras que rodeaban las mesas del banquete y pronunció solemnemente:

—¡Por la paz y prosperidad que a partir de ahora unirán a nuestros pueblos!

Una ovación emocionada acogió aquellas palabras. Luego los invitados ocuparon sus puestos en las mesas y comenzó el ágape.

Tharrax se sentía muy emocionado. A su derecha tenía a la generosa Myldar y a su izquierda a Zanai, la joven que amaba apasionadamente.

En aquel momento, ninguna inquietud perturbaba su ánimo. Tharrax sólo pretendía gozar intensamente de aquellos agradables momentos.

La alegría, la amistad y el entusiasmo reinaban en las mesas.

Fue entonces cuando Tharrax, que recorría las hileras de invitados con la mirada, echó en falta al general Kaddon, a Hilaina, Wuustakari y a su grupo de oficiales.

Como si su pensamiento tuviera poderes premonitorios, una gran voz resonó en la pradera:

—¡Kazzan, eres un traidor!

Todas las cabezas se volvieron hacia el lindero del bosque.

A trompicones, balanceando torpemente su corpachón, avanzó el general Kaddon.

Parecía borracho.

Detrás de él, venía el grupo de sus conspiradores.

Tharrax, que se había incorporado bruscamente a! escuchar el estentóreo grito, clavó sus ojos en Kaddon.

Y vio el fusil desintegrador que el general llevaba en sus manos.

Palideció.

Kaddon se había detenido a veinte pasos de distancia y alzaba el fusil. Zanai exhaló un penetrante grito de espanto.

Luego, todos vieron cómo el anciano y venerable Hallanah se ponía en pie y avanzaba hacia el general Kaddon.

Caminaba despacio y no demostraba el menor temor.

—Kaddon, sólo hay un traidor. ¡Y ese traidor eres tú! —le oyeron exclamar con voz autoritaria y enérgica.

El rostro de Kaddon se congestionó.

Apretó el botón de la empuñadura de su fusil y el rayo verdoso produjo un apagado *zuuum*.

La figura de Hallanah resplandeció como el metal al rojo blanco. Y en seguida su cuerpo se disolvió en el aire y un polvillo amarillento flotó por unos segundos y cayó sobre la hierba.

Simultáneamente, el oficial Lanwor y otros leales habían saltado sobre Kaddon y le derribaban en tierra.

El fusil que empuñaba tenazmente el general volvió a dispararse y el cuerpo de Kaddon fulgió resplandeciente hasta desmenuzarse entre las manos de los que le sujetaban.

Del pecho de Zanai brotó un gemido hondo.

Lo temía! —murmuró—. Sabía que mi padre había decidido sacrificarse por nosotros, kazzan.

Y ocultó el rostro en el pecho del príncipe.

* * *

La formación compuesta por ocho macronaves sobrevoló las inhóspitas tierras de Grollenbad. Allá hacia el sur, por encima de la línea del horizonte, aparecieron los acantilados de Hakribood.

Tharrax envolvió a Zanai en un cálido abrazo y murmuró a su oído:

—Volvemos a casa, esposa mía. No te apartes nunca de mí. Ahora...

no tengo a Hallanah para aconsejarme y guiarme y te necesito más que nunca. ¡Que Hakris te bendiga!

Zanai rozó sus húmedos labios con los de su esposo. Se sentía tan emocionada que apenas conseguía controlar sus lágrimas.

Recuerdos amargos flotaron por un momento entre ambos. Pero luego la mujer sonrió, señaló la todavía distante ciudad de Hakribood y murmuró al oído del príncipe:

—¡Ya estamos llegando! En esa ciudad nos amaremos, trabajaremos y sufriremos juntos, kazzan. Espero que tu hijo llegue a ser un héroe como tú...

Una vibración repentina recorrió los duros músculos de Tharrax.

—¿Un hijo? —exclamó, incrédulo.

Pero mientras acariciaba el vientre de su esposa recordó los intensos momentos de intimidad vividos en el palacio real de Sowitaine.

Y comprendió que la vida continuaría por los siglos de los siglos.

FIN